COMEDIA HEROICA.

KOULI-KAN REY DE PERSIA.

16

EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL ITALIANO AL ESPAñOL.

SEGUNDA PARTE.

ACTORES.

Kouli-kan, usurpador del Trono de Persia.
Mustafá, su primer Visir.
Ismaél, Secretario de Estado.
Palmira, Esposa de Kouli-kan, y de la sangre Real de Persia.
Zarema, hija del Gran Mogól, retenida en rehénes.
Sciamelech, creido hijo de Mustafá, y verdadero heredero del Trono.
Acmet, hermano de Zarema.
Maibal.. } Oficiales de Kouli-kan.
Selimo.. }
Soldados Persianos.
Soldados Indianos.

La Scena es en Hispaham, y su Comarca.

ACTO PRIMERO.

Galería terrena con dos puertas à los lados. Palmira, Mustafá, è Ismaél.

Palm. ¿ESTarémos seguros entre tantos
ojos y oídos, ya que exploradores
de Kouli-kan el Real Palacio inundan?
Los mismos muros me parece que oyen,
y que podrán hablar. Todo se sabe,
todo se vé, se entiende, y se conoce;
nada se calla ò disimula, y viene
à dar sobre nosotros qualquier golpe.
Muy fatal esta junta nos sería
à todos, si uno solo los menores
indicios de ella concibiese. Aquesta
es la razon porque en la duda, torpe,
no me determinaba à este congreso:
y ahora que en él estoy, de sus temores
no puede asegurarse el pecho mio.

Ism. Un agravio nos hacen vuestras voces,
en no haber conocido la cordura
nuestra, que examinó quanto se opone
à la seguridad. Tal es el sitio;
tales las causas; y la obscura noche
tan abanzada está, que entre nosotros
reciprocar se pueden las razones
libremente.

 Must.

Must. Y añade, que mi hijo
à la entrada, en custodia se interpone
del paso: añade, pues, que el tiempo insta;
y demasiado se ha perdido, donde
proponiendo consejos cada instante,
no se abraza ninguno: es bien se note
que solo el ardimiento se requiere
quando un punto decide las questiones
de si à la Persia el Cielo la destina,
ò bien su libertad, ò bien su ruina.

Palm. ¿Y en fin qué disponeis?

Ism. Oíd atentos,
y mis palabras vuestras dudas borren.
¿Sabeis del Gran Mogól las tristes nuevas?

Palm. ¿Y quién ignora quanto Alí propone
ultimo Mensagero, que ha llegado
con nuevas del Exército à la Corte?
Nuestro Rey (ò mas bien nuestro tirano)
à breve tiempo en Hispaham dispone
su regreso; y se espera quando muestre
la nueva Aurora nuevos resplandores,
el ingreso triunfal, que es bien injusto
el infiel hado en sus distribuciones.
Al inocente oprime, y à los reos
protege, confundiendose uniformes
con los vicios infames las virtudes.
No vale la razon en favor noble
del Asia; y Kouli-kan que de su Solio
se ostenta usurpador, con los favores
de la suerte y su espíritu arrogante,
siempre agravia, mas siempre está triunfante.

Must. Que triunfase, Señora, que venciese
sin macular los inclitos blasones
de sus victorias mismas con excesos
arto dignos del odio de los hombres.
Ya que triunfase, completar pudiera
el lleno de sus bastas ambiciones
vér que la India saqueó, que tributario
hizo al Mogól, que alzó en los llanos montes
de cadaveres yertos, que los mares
enriqueció de sangre humana, donde
los rios impelidos los trocaban
por cristales, carmines que recogen;
que entre la horrenda llama y las cenizas
de las ya exterminadas poblaciones,
en la ruina funesta de la estirpe
de los Monarcas infelices, sobre
los humeantes vestigios de su estrago,
por aplauso sangriento de su nombre
de propia mano escriba el pasagero:
Kouli-kan solo anhela el mundo entero.
Pero aun aqui discurre muy ceñidas
sus barbaras è injustas presunciones.
Quiere el indigno celebrar sus triunfos
con las tristes cadencias que compone
el llanto, aun de sus miseros amigos.
El gemido comun quiere que forme
la voz que sus victorias solemnize:
y quando sufre tímida en prisiones
la Persia toda su cadena infame,
que su libertador Persia le llame.
Ah! Deshonor del Asia! Opróbio eterno
del Persiano explendor! Rubor del Orbe!
Siempre castigos; un estrago nuevo
qualquiera dia; cada punto enorme
Esposas violadas, profanados
Altares, derogadas esenciones,
destroncadas cervizes por la tierra,
sin que el valor, sin que el honor lo estorve
por mas inmunidades que acumúle
el sexo, la niñez, ni la edad torpe;
llena qualquier vereda de sangrientos
espectaculos tristes, de feroces
verdugos; en qualquier casa escondido
un traydor que vigila las acciones;
una segúr y un lazo à todas partes;
porque la muerte, el riesgo, y los horrores
à Kouli-kan conserven fiel la Persia;
y quando se destinan tantos hombres,
à despojar del alma à quantos trate,
Kouli-kan no encuentra uno que le mate.

Palm. En el giro de un lustro no comprendo
como trocarse pueden en atroces
tiranos, en espíritus crueles
los Héroes justos, y las almas nobles.
¿Dónde huyó la virtud amable y bella
que en Kouli-kan brillaba en resplandores,
haciendole estimable à Persia toda?
y ¿qué pudo lanzar del Trono à un golpe

à

à mi hermano, acabar los tiernos dias
de su hijo, y entregarme al nudo torpe
de los brazos infames de un villano
usurpador cruel, cuyos rigores
solo impiedades tratan? ¡Triste Reyna!
No encuentro en él de Esposo sino el nombre;
y en mí no veo ya sinò una sombra
de mi antigua grandeza y mis blasones.
¿Cómo pudo el infame tanto tiempo
disfrazar entre afables exteriores
su carácter cruel à tantos ojos?

Ism. Origen vil, altivas presunciones,
animo delinquente baxo un suave
risueño grato aspecto, francas voces,
audáz presencia, mano à todo pronta,
y un corazon seguro y sin temores
aun à vista del rostro de la muerte,
le abren la senda al Trono; y crée entonces
el vulgo que ha elevado à la grandeza
del Reyno à un Héroe: ¡vanas ilusiones!
¡Mundo ignorante! ¡quán errado, ciego,
y faláz en tus júicios te propones!

Must Yo solo en él preveía quanto ahora
con la misma experiencia se conoce.
Una corona con el brillo augusto,
deslumbra las mas fixas atenciones:
y con el grave peso hace flaquée
la cabeza mas sabia desconforme.
Qualquier gigante, ò pierdese de vista
en la eminencia Real del Solio noble,
ò nos parece un niño. Ved vencida
la razon de la fuerza. Ved que errores.
Unica ley se hace el querer: del rostro
se quita la crueldad, y el vicio enorme
la mascara mentida; y porque teme
el fiero engañador que el engaño obre
de otro igual contra él, no siempre en vano
quien parecia un Héroe es un tirano.

Palm. ¿Y qué ha de practicarse en fin à efecto
de que su tiranía se malogre?

Ism. De ti se espera el medio; de tí, que eres
su Esposa; mas Esposa entre psisíones
de un injusto, y expuesta à que à despecho
tuyo hayas de ceder por mas rigores,
el talamo y trono à la hija hermosa
del Mogól. Estas tristes predicciones
no son vanas: yo sé que sacrifica
Kouli-kan à Zarema sus ardores,
y que la trae consigo acompañada
de cien esclavas bellas à la Corte
en rehénes del Padre, pues ha hecho
à aquel Rey tributario de su nombre.
¡Oh! miseras Esposas! que infelices
os juzgo en sus villanas sugeciones!
¡Oh! misera Palmira contra tanta
rivál! Ya en tí no restan mas honores
que el de servir humilde y ruborosa
à una beldad de estraños orizontes;
ò en el túmulo triste, donde yace
la ceniza fatál de tus mayores,
completar desdichada el cruel giro
de su tragedia al sucesor de Ciro.
¿Y querrás, ò Palmira, en tanto daño
sacrificar al Numen de un engaño,
el talamo, el honor, la vida, y trono?

Pal. No; ni he de permitir tanto abandono:
mas que à un usurpador, mas que à un tirano
Esposo aprecio à un oprimido hermano;
y me es mas estimable sumamente
la venerada gloria de la Persia,
que la propia grandeza. No le guardo
yo fé à quiē con nosotros no la observa.
Si sufro y enmudezco, no permite
otro esfuerzo mi estado. Yo soy Reyna,
mas soy tambien muger; y aunque me sobre
la osadía el arrojo y la fiereza,
me faltan confidentes y aliados:
falta quien mis impulsos favorezca:
somos pocos à empresa semejante.

Ism. Somos los tres, Señora, y ya es bastante.
Mustafá es valeroso, yo advertido:
él con las armas que por sí gobierna
en gran parte, y yo à expensas de un ingenio
que presumo no encuentre competencia,
hoy podemos forzar à la fortuna,
arrostrar la mas rígida interpresa,
y à Kouli-kan trocarle en este dia
el triunfo en llanto, en pena la alegria.
Sacudase, ò gran Reyna, el yugo infame
que à todos nos oprime. Mi cautela

à nosotros y à tí sirve igualmente;
y quando en vano este recurso sea,
yo tambien ciño espada, y en el pecho
alvergo un corazon que audáz me enseña
à libertar la patria.

Palm. ¿Y en su abono
una vez libre, quien asciende al trono?
Exterminada ya mi Real Familia,
uno solo no existe. ¿Si existiera
solo uno en ocasion tan oportuna,
por él y por la patria ¡oh qué emprendiera!

Must. ¿Y quién sabe, Señora, si los hados
ya menos rigorosos, nos conservan
aun en las tristes sombras de la muerte
una reliquia de tu sangre Régia,
en quien se purifique la corona?
Escuso decir mas; pero pudiera
substraer con el eco de un suspiro
al Héroe augusto del panteon de Ciro.

Palm. ¿Cómo fuera posible?

Ism. Yo no veo
ese ignoto relampago, y no es ciega
mi atencion quando estoy de dudas lleno.

Must. Le oirás tal vez quando reviente el trueno.
Mas, que empieze à romper temprano ù tarde,
consiste en uno solo; y él entrega
en nuestra mano el rayo irresistible
quando jurada entre nosotros vea
una fé á su decoro Soberano,
y un secreto inviolable al grande arcano.

Palm. No me escuso.

Ism. Estoy pronto.

Must. Pues oídme.

Sale Sciamelech con la espada desnuda.

Sciam. ¿Padre?

Must. ¡Cielos! ¿qué es esto? ¿Por qué ostentas
ese acero desnudo?

Sciam. Padre amado,
por no quebrar la ley de mi obediencia.

Must. ¿Pálido el rostro? Dí, ¿qué ha sucedido?

Sciam. He muerto en mi defensa à un atrevido.

Ism. ¡Santos Cielos!

Must. ¿Pues cómo? dime al punto
el suceso cruel.

Ism. ¡Ah! no quisiera
inadvertido joven, que el funesto
golpe à todos quizá fatál nos sea.

Palm. No le impidas hablar, que en tiempo, donde
no en vano los recelos se fomentan,
tal vez mentir le harian los temores.

Sciam. No harian, que no cabe igual vileza
en mí, ni soy cobarde, ò lisongero;
y quien me escuche lo verá en la prueba.
Yo quedé fuera en un parage obscuro
para explorar, como mi Padre ordena,
si alguno se avecina, quando advierto
un bulto entre las pálidas tinieblas.
Saco al punto la espada, y adelanto
un paso preguntando ¿quién es? niega
la voz à mi pregunta, y no retira
el pié; pero à los ojos me presenta
una luz recatada en fanal breve,
y al pecho en una espada una centella.
Me defiendo, él se arroja; mas dos golpes
castigan su osadía y su sobervia;
uno de tajo que sus ombros hiere,
y otro recto que el pecho le atraviesa.
De aquel escasamente se destila
la sangre; de este corrè por la tierra
en desatada líquida vertiente.
Vacila, cae, desfallece, y tiembla;
pero al caer la luz se extingue pronta,
y no fué facil conocer quien sea
el traydor, mas no importa. Ya no vive;
y yo le hubiera muerto si estuviera
guarnecido de esquadras, quando trato
en no faltar de un Padre à la obediencia;
porque en mí, aun à pesar del mundo entero,
obedecer à un Padre es lo primero.

Ism. La obediencia es virtud; mas no lo es siempre
un juvenil transporte, una imprudencia
que no distingue tiempos ni ocasiones,
y de su ceguedad llevarse dexa.
¡Miseros de nosotros, si el cadaver
fuese de algun Ministro del que en Persia
domina por Tyrano! Voy yo mismo
á examinar su rostro. *Vase.*

Sciam. ¿Y vos, gran Reyna,
no vais, y no iréis vos, amado Padre,
à vér en esa imagen macilenta

quan-

quanto pesa mi espada ? Yo me adulo
de que jamás en joven mano tierna
hizo ningun acero tanto estrago
en sus heridas , siendo las primeras.
Yo me complazco en fin de que en tres lustros
solos haya aprendido ya la escuela
de lidiar entre sombras con acierto.
¡Ah , Padre mio! Enviame à la guerra;
y verás que esta espada , pues ya hizo
en la sangre por tu orden experiencia,
contra viles tiranos turbulentos,
del valor protexida , obra portentos.

Must. Si, que los executes, porque logres
entre las armas emulár la excelsa
serie de tus Abuelos inmortales;
y que para la gloria y la defensa
de tu patria , algun dia el hijo imite
à su progenitor : mas mientras llega,
guardate de alabarte de este triunfo
con todos , como aqui te lisongeas
entre nosotro dos. En este tiempo
la razon es esclava de la fuerza.
Tu lograste una accion de aplauso digna ;
pero del cruel golpe habrá quien quiera
venganza ; y es preciso que se oculte
el brazo que le obró , porque no pueda
labar el sospechoso Rey un dia
la sangre del cadaver con la mia.

Sciam. Yo callaré , Señor.

Palm. Callar no basta.
Es forzoso salir , sin que lo entienda
algúno , prontamente de este sitio.
Uno solo que te oyga ò que te vea,
serás tu sospechado, y de nosotros
quedaria indiciada la inocencia.
Yo me ofrezco à abrir paso por donde huyas,
si Mustafá lo admite.

Must. Ismaél llega.

Sale Ism. Señora, amigo , el lanze es horroroso ,
y nosotros perdidos. ¡Dura estrella!
Joven audáz, ¿tú sabes quien has muerto?
Al hombre en fin que mas amado era
de Kouli-kan , y executor primero
de su impia crueldad y su inclemencia.
El postrer mensagero que ha llegado
de él expedido à publicar las nuevas
de su pronto regreso.

Sciam. ¡Alma vil! ¡Quanto
digno fué de la muerte , si la hubiera
hallado en un dogal ! Aquesta espada
demasiados honores le fraquea.
Y pues ya sin remedio el trance arguyo,
que nuestro Rey lo sufra à pesar suyo

Ism. No , no lo sufrirá ; creerlo debes:
y yo tiemblo en fortuna tan adversa
por el Padre , y el hijo.

Must. Que se acabe
de temér una vez , ¿que hace suspensa
en la cinta la espada , quando à usarla
à los Soldados viejos nos enseña
con sus obras un tierno y debil Joven ?
Abra una muerte à mas de mil la senda.
Sangre requiere el trance , y sangre ha sido
la que corre vertida por la tierra.
El riesgo fiero de mi hijo debe
salvarse con hacerle la impaciencia
desesperado. El misero cadaver
del destrozado Alí sea la vandera
que à nosotros congregue reúnida
à la Patria; y despues desde las puertas
ya cerradas intime el clarin fuerte
à Kouli-kan ó libertad , ó muerte.
Esto es lo que resuelvo , pues no hallo
mas pronto arbitrio en que salvarse pueda
la vida de mi hijo : yo no quiero
verle expuesto al rigor de la sentencia,
ò à la segur (mas presto) vengativa
de un Monarca en quien rige la soberbia.
Sé que él no la conoce, mas soy Padre;
me es preciso este hijo; harto me cuesta;
y en él se perderia mas que juzgas.
Escuso decir mas : primero mueran
todos : antes Hispaham se precipite,
y se irriten las iras de la guerra.
Mas, (lo vuelvo à decir sin ser prolixo)
yo soy Padre , y perder no quiero un hijo.

Ism. Tu le pierdes si piensas restaurarle
por medio tan extraño. Lee , y confiesa
que mi penetracion transciende mucho,
y que no hay accidente à que no atienda.

Palm. ¿Qué pliego es ese? *Dí*, ¿seriá acaso
de

de Kouli-kan?

Ism. Suyo es: mas mi advertencia
del muerto Alí le halló en el seno. La hora
nocturna en tal lugar movió sospechas
en mi, y à registrarle me anticipo:
si fueron falsas mira, ò verdaderas.
Lee.

Must. ,, De Alí se fia el Rey Persiano:
,, y à él, porq̃ no se yerre, consigna esta
,, su instruccion sigilosa. El la complete
,, ò à expiar se prepare su cabeza
,, culpas de su desidia. La oportuna
,, hora lograda en que al descanso ceda
,, la vigilancia del palacio, incendie
,, todo el serrallo por su mano mesma.
,, De quantas femeniles vidas guarda
,, ni una quede que al fuego no perezca,
,, que librarme de todas solicito;
,, y quiero otras Esclavas, otra Reyna,
,, de quien no tema entre el nupcial reposo,
,, del yerro ú del veneno la violencia,
,, capàz de apresurar mi fin funesto
,, en la flor de mis años...

Palm. ¡Qué fiereza!
Basta; que un mortal yelo me entorpece.
¿El inhumano à tanto extremo llega
contra el amor, la humanidad, la patria,
y contra una legitima heredera
de los Reyes Persianos, que en su abòno
tantas finezas hizo¿ ¡Ah! ¿qué se espera
para morir como heroica, donde
vivir no es facil, y morir es fuerza?
Apartense de mi los sentimientos
de honor, y los efectos de terneza
callen. No soy muger; no soy esposa:
tengo en el pecho un corazon de fiera:
tengo la muerte ya en los ojos. Solo
la venganza y furor me lisongean.
Amigos, al estrago, à la ruina;
que yo tambien de sangre estoi sedienta.
El indigno que à todos solicita
vernos morir, antes que todos muera;
y sea digno premio mi Real mano,
y la sacra corona de la Persia
al primero que fixe en tanto estrecho
ese puñal de Kouli-kan al pecho.

Arroja un puñal.

Sciam. Yo le fijaré, joven qual me miras,
Le levanta.
que tres lustros escasos mi edad cuenta.
El valor no se mide por los años,
ni en la estatura se cifró la fuerza.
El Leon mas pequeño es Leon siempre,
aunque le alvergue maternal caberña;
y desde el mismo nido à sus hijuelos
à que afilen las garras les enseña
el aguila valiente. No pretendo
por esa accion tan alta recompensa
como aqui has prometido: tus mandatos
son premio à quien servirte solo anhela.
Qualquier Persiano à Persia su amor debe;
y un ciudano ha de fundar su eterna
gloria en sacrificarse por la Patria.
Patria infeliz, no llores ya, no temas,
que tu infame cadena vergonzosa
presto à mis plantas la veràs deshecha:
y tu, hermosa Palmira, dexa el llanto;
y quando te acobarde la soberbia
del tirano, y su barbara osadía,
mira aqueste puñal: vive y confia. *vase.*

Must. ¡Generoso ardimiento! ¡quanto es digno
de la sangre que fluye por sus venas!

Ism. Pero ardimiento incauto, que funesto
tal vez será (si tu no le refrenas)
à todas nuestras miras. Mis palabras
han de ser tan sucintas como ciertas.
Dime, Señor, ¿en el horrible trance
que solo à nuestros ojos se presenta
quieres seguro à tu hijo?

Must. ¿Y quién querria
perderle en una edad florida y tierna?

Ism. ¿Y vos quereis, Señora, veros libre
del riesgo amenazado, y vuestra excelsa
sangre vengada?

Palm. ¿Qué no emprenderia
por honor de la patria, y por mi mesma
seguridad?

Ism. Decidme ahora entrambos:
¿queréis que el fiero usurpador perezca?

Must. Solo culpo el isntante perezoso.

Palm. Tambien yo lo deseo, quando expuesta
me miro: pero el trance me horroriza;
y entre dudas ignoro que resuelva.

Ism.

Ism. Pues oid: mas primero prometedme
ceñiros ciegamente à la obediencia
sin pedirme razon de mis consejos,
y yo os prometo que el tirano muera.
Antes de todo, guarda tu este pliego.
A Palmira.
porque despues hacer el uso pueda
que expresarè, si lo exigiere el trance.
Tu entre las sombras de la noche negra, *A Mustafá.*
de solos tus parciales protexido,
el sangriento cadaver de Alí entierra,
que no lo note alguno, que no alcance
à saberlo el que mas leal parezca.
Quando adviertan que falta, no se diga
la verdad del suceso, aun quando sea
yo quien lo preguntase.
Must. No es preciso
mucho valor à tan escasa empresa.
Palm. ¿Bastará enmudecer?
Ism. No, no es bastante.
Primero que despunte el alva nueva,
es preciso que salga de la Corte
tu hijo, viviendo ignoto donde pueda
apenas penetrarse su destino.
A quien por èl pregunte, con cautela
le podrás responder, que le embiaste
ayer à que reciba en las fronteras
al triunfante Monarca deseado;
y que ignoras si alguna contingencia,
ù otro justo accidente le ocasiona
tardar en su regreso.
Must. Eso perdona.
Sea el suceso qual fuere, yo no sufro
que se aparte jamás de mi presencia
ni un paso mi amado hijo. Harto zeloso
me tiene de su vida; y si en su tierna
edad debe morir, muera à lo menos
no lexos de mis ojos: mi reserva
es propia: soy su Padre, y me permite
esta debilidad naturaleza.
Ism. Nueva idéa se busque. No se ausente
de ti, pues su peligro te amedrenta.
Kouli-kan, segun dices, no le ha visto
jamás. Ahora disfruta primaveras
de su florida edad. Puede Palmira
ocultarlo, adornando su belleza
del trage femenil en el serrallo.
Palm. Palmira es pronta à completar la idéa;
mas sepa la razon con que me obligo.
Ism. Esto conviene: otra razon no digo.
De esta gran trama es la labor tan fina,
que exige la politica mas diestra.
A vosotros no os toca mas empeño
que el valor, el secreto, y la obediencia.
A mi me corresponde las palabras,
el animo, y las obras que interesan
solo al publico bien. Por quanto viereis
que yo executo no formeis sospecha.
Debo mentir semblante, pensamientos,
obras, consejos, vozes, y advertencias;
y hacer buen uso de un caracter reo,
y un pecho criminal; porque se vea
un traidor entregado à las traiciones.
Bien puede ser que alguna vez parezca
contradecirme yo à mi mismo. Acaso
pensareis por mi mano ver deshecha
la misma obra que trazan mis ardides.
Mas no temais: Sé bien quanto hacer deba.
No ignoro las resultas, y confio
que veais presto el fin de la tragedia,
y à la patria quizá ya entonces libre;
y Kouli-kan, ese terror de Persia.
verá si vale mas (pues no le agrada
la ciencia de Ismaél) aquesta espada. *v.*
Palm. Es fuerza confiar, y esperar todo
de su ardíd su cordura y sutileza.
Mas tu hijo ¿donde fue?
Must. No estará lejos,
y à tu quarto irá presto, donde atiendas
à ocultarle, segun se ha prevenido,
bajo las femeniles apariencias.
Palm. Y antes q̃ tu te apartes de mi vista,
¿no te explicarás mas? ¿Qué arcano sella
tu pecho, que indiciaron tus palabras
quando rompió las silabas primeras
la impensada venida de ese joven?
¿Vive aun alguno de mi sangre excelsa,
ignorado quizá del homicida
yerro, que confundir supo en la acerba
muerte del Tio à los demás sobrinos?
¿Te persuades que un dia sér pudiera...
Must. No sé: yo hablaba acaso; y otras miras
mas dignas de atencion nos interesan
ahora. Tu noble vida, de la Patria
la libertad, y un hijo que se arriesga

otro

otro cuidado exigen, que un incierto
vislumbre de esperanza que se ostenta
muy lexana. Es verdad, lo dixe; pero
ignoro mucho aun de la evidencia.
Viva, ó no viva algun sobrino tuyo,
piensa en mi hijo tú, tú le reserva
ileso de la furia de un impío,
y quizá yo sabré con mas certeza
y brevedad aun mas que no sé ahora.
Sobre aquel trono en que la fama reyna
de Ciro, y Tamerlan reyne quien debe;
reyne quien destinaren las estrellas.
pero nunca un traydor, nunca un injusto
usurpador de toda el Asia entera,
pues no lo quiere el hado. En este dia,
del Trono, del destino de la Persia,
y de quanto se intenta en su venganza
(no hay que dudar) mi pecho es la fianza.

Palm. Siendo así, en tu dictámen persevera;
y yo salvaré à tu hijo aunque yo muera. *Vase.*

Must. Es muger, es heroica, y me enternece;
mas en la confianza el riesgo crece;
y quando se recelan sus efectos,
no ha de saber mas que uno los secretos.

ACTO II.

Campaña con una eminencia al foro: sobre ella à lo lexos la fábrica del Serrallo toda con ventanas abiertas para poderse ver un incendio: la eminencia al pié de dicha fábrica debe formar dos colinas separadas, entre cuya distancia quede un valle, uniendose despues por encima con un puente en arco, sobre el qual, como sobre las colinas, puedan transitar dos personas juntas. Terminada la sinfonia del Acto I. à la marcha de caxas y clarines se levanta el telon, y se vé al pié de dichas colinas el Exército de Kouli-kan en ordenanza baxo sus banderas: à su testa Maibal, y Selimo; y Kouli-kan en el centro sobre un poderoso caballo ricamente aderezado. Siguiendo el compas de la marcha Maibal y Selimo, hacen desfilar los soldados con orden de una y otra parte de la Scena.

Marcha.

Koul. Alto, soldados mios, y en la umbrosa
extension de ese valle placentero
elevad pabellones, donde espere
quando ilumine el sol con fulgor nuevo
el orizonte, hacer mi Régia entrada
en Hispaham. Y ese triste prisionero
conducid entre tanto à mi presencia.

Sacan à Acmet encadenado.

Acm. Cruel, aqui me tienes. ¿Qué es tu intento?

Koul. Inclina ese sobervio cuello altivo,
esa servil espalda dobla presto,
porque de escabel sirva à mi pié pronta,
mientras tu invicto vencedor desmonta.

Acm. ¿A este ultrage, à esta injuria reservabas
de Zarema un hermano, los primeros
rehénes del Mogól tu tributario,
y un Principe infelíz, que el emisferio
Indiano veneró, y tu igual se advierte?

Koul. Cobarde, no debias tú oponerte
à los gratos afectos que à tu hermana
dedíco, fomentando mi despecho.
Tú no debias seducir la India
con tus artes falaces lisongeros
contra quiẽ tu destino en su mano halla,
contra un vencedor tuyo: inclina y calla.

Dos soldados hacen doblar à Acmet el cuerpo hasta el estrivo de Kouli-kan; y él fixando el pié, desciende del cavallo.

Acm. Llegue, barbaros Dioses, llegue el dia
en que me vengue yo de igual desprecio.

Koul. Barbaro Indiano, escucha pues, y escribe
mis palabras en lo intimo del pecho.
Tú no has visto hasta aqui mas que una sombra,
ò mas bien un relampago ligero
de mi justo furor. Ya en Persia estamos,
Mi palacio es aquél. Verás, sobervio,
que ultrages te preparo, sino truecas
à favor de tu Rey q̃ arde en su incendio,
el corazon de tu invencible hermana.
Si en sus rigores cede, verá presto
quanto ensalzo su sér, porque no tenga
en el célebre Asiático emisferio
ella igual, ni su talamo segundo,
pues no hay alguno igual à mi en el mundo.

Vé

Vé siguiendo su marcha en este instante,
que no estará lexana con el resto
de mis tropas, à causa del tardío
pié de los elefantes siempre lentos,
que la conducen con inmensas sumas
de oro perlas y joyas del Imperio
del Mogól transportadas. Ya tu sabes
lo que en mi nombre has de decirla. Pero
oye aparte. Prevenme con presteza
su mano à mi llegada, ò tu cabeza.

Acm. ¿Mas qué satisfaccion podrá obligarte,
si ella no admite?

Koul. No repliques. Parte.

Acmet inclina la cabeza, y se và por el camino del valle entre las dos colinas con guardia.

Maib. Mi Rey y Señor mio, que perdones
te suplico un impulso de mi zelo.
¿No te asusta que pueda un irritado
Principe encender mas el cruel fuego
de la ira de la hermana que idolatras?
y que logren entrambos vituperios
revelar al Mogól, ahorá que advierten
ya lexanos tus ímpetus guerreros?
Yo probára vencerla con el arte.
Los alhagos al tigre mas sobervio
suelen hacer tratable, y la amenaza
trueca en ferocidad...

Koul. ¡Vanos consejos!
Muy cobarde es aquél que no vió nunca
la inexorable punta de un acero.
Los espíritus viles comunmente
abusan de las súplicas y ruegos.
Solo con la violencia se consigue
todo lo que se intenta lograr de ellos.
Un Rey desdeñar debe las vilezas
dignas de los vasallos. Y un supremo
vencedor, por mas grato que se muestre
de generosas atenciones lleno,
y de ardimientos nobles influido,
no suplica jamás, manda al vencido.
Si yo fuese Maibal, tambien sabría
seducir al amigo con ingenio;
cohechar à la dama con lisonjas,
vender engaños y compràr discreto
la lealtad de los otros con mis dones.
Pero pues tan distinto soy, yo quiero
el amor de Zarema, dé su hermano
quiero la adoracion, busco el respeto,
y pretendo que la India se estremezca
solo de mis clarines al estruendo.
Mas si la fé me rompe, tema un dia
que vuelva à intimidar su feroz suelo
el fulminante estrago de la guerra.
Maibal aprenda à conquistar primero
los Reynos, y despues su ciencia empeñe.
Sepa él reynar, y à Kouli-kan le enseñe.

Maib. Es fuerza enmudecer. *ap.*

Sel. Por lo que miro,
à la falda del monte contrapuesto
tu Real tienda fixaron, y à ella vienen
de la Ciudad, Señor, de todo el Reyno
los primeros Ministros, deseosos
de postrarse à tus pies.

Koul. Vano es su anhelo.
Yo no escucho à ninguno, sin que sepa
qual fuese su conducta todo el tiempo
de mi ausencia. Primero he de informarme
de palabras, idea, y pensamientos.
Un Rey no debe, nó, con los Ministros
arriesgar alabanzas ni desprecios,
sino sabe quien de uno y otro es digno
por informacion cauta. Yo no entiendo
como no viene Alí pronto à encontrarme,
y como anticiparse no le advierto.
El solo es quien de todos mis Ministros
habrá ya las ideas descubierto.
Vaya Selimo al punto, y apresure
su venida. Maibal vé pues tu mesmo
à aquartelar las fatigadas tropas
sobre el llano. En mi guardia quede el resto;
y no se atreva à introducirse alguno,
si antes no se me avisa de su ingreso.

Sel. Señor, esperad pues, que entre las gentes
fatigosas de Alí un esclavo veo,
que de su dueño estimacion recibe.
Voy à traerle à tus pies, obedeciendo
tus ordenes. *Se vá dentro.*

Koul. Vé al punto.

Maib. Amigos, vamos.
Mas la licencia militar suspendo,
q̃ estamos (aunque al hado no le quadre)
en Persia, y es la Persia nuestra Madre. *Vase.*

Puesto à la testa del Exército, entra por la izquierda en ordenanza al son de caxa y clarin.

Koul. ¡Quántas tristes ideas sublevadas,
quántas sospechas, quántos movimientos,
mi corazon osado tumultúan,
sin que cuente entre todos mis desvelos
la tardanza de Alí! ¡Quán impaciente,
ò su noticia, ò su presencia espero!
No veo aun el Serrallo circuído
de fulminantes rafagas de fuego,
como debia en la pasada noche.
Dentro de aquellos muros corpulentos
reynan profundamente todavía
el silencio, la paz, quietud y sueño.
A mi llegada habia solamente
de pòseerle el horror, humo è incendio,
gemidos, confusion, estrago y muerte,
donde encontrase su fatal momento
con cien Esposas la infeliz Palmira,
sin que yo al vulgo pareciese reo
de su exterminio. Demasiado es cara
à la inconstante Persia, y harto lleno
aqùel recinto está de almas indignas
que su nombre idolatran. Yo la debo
igualmente temer, ò muerta ò viva.
Muerta me expone à no gozar el Reyno;
y viva me escaséa el ser premiado
en amor, sino cede trono y lecho
à otra. Mas viva ò muera, yo he jurado
à la hermosa Zarema que à su ingreso
Reyna la habia de hacer, y será Reyna
si permite mi amor. Y ¿cómo, Cielos,
ha de ser, si la trama oculta rompe
impensado accidente al mejor tiempo?
Alí perjuro, ¿tú me habrás vendido,
ò encontraste embarazo al trance horrendo?
¡Ah! tiembla indigno; tiemble Persia toda,
y no me obligue, nó, à que olvide fiero
del Reyno la razon, todas las miras
del mundo, y los antiguos privilegios
de la patria comun: porque si quiere
q̃ desde hoy yo la empieze à ser funesto,
si he de empezar, no acabaré tan presto.

Sale Selim.

Sel. Triste nueva Señor. Dice el esclavo
que Alí su dueño se introduxo dentro
del Palacio Real anoche sólo,
y él fuera se quedó guardando el puesto,
llevandose la luz Alí consigo.
Mas que despues oyó confuso estruendo
de armas; y apresurando el paso entonces
por llegar à informarse del suceso,
la puerta le cerraron en los ojos,
sin poder saber mas.

Koul. Este fué muerto.
Parte que ya se ahora quanto basta
para conocer todo. Que al momento
se llame à Mustafá. Venga el Ministro

Vanse los dos.

Ismaél juntamente. Traydor pueblo,
tú me quieres hacer tirano impío.
Y ¡ay de todos vosotros si me veo
precisado à manchar en ciudadana
sangre el horrible filo de este acero,
ò à fingir por reynar! El cruel rayo
que à Alí quitó la vida, fué un tremendo
golpe que del Serrallo habrá salido.
Le hubieses aplicado por lo menos
antes el fuego à ese Serrallo infame,
que asi quedaba sepultado à un tiempo
con la femenil turba hecha cenizas
al rigor de las llamas mi secreto.

Se vé sobre el Serrallo algun poco de humo y claridad dentro, pero sin que salgan llamas.

Pero alli me parece que distingo
exalar humo sus dorados techos,
y bermejear escasas tristes señas
de un incendio sublíme. Yo no entiendo
como es esto. Mas sea como fuere,
aqui es indispensable el fingimiento;
y la muerte de Alí sirva de escusa
à la horrible venganza que pretendo;
que todo licito es à quien lo puede
todo; y yo no presumo que sea reo
mi orgulloso furor, quando en mi abono
todo es debido à conservarme el trono.

Salen Mustafá è Ismaél.

Must. En fin nuestro respeto vuelve à verte
tan lleno de victorias, de trofeos,
y de la admiracion del orbe digno,
que has superado lós votivos ruegos
de la patria. Ella misma reconoce
restituído su explendor primero
por tu mano, que eterno sér alcanza.

Koul. Basta: dejese aparte la alabanza.

que

Que la consigan de vosotros mismos
esos viles espiritus plebeios,
que no la saben merecer. Mi nombre
me rinde mas elogios que pretendo;
pues con el nombre es Kouli-kan bastante
á enriquecer de gloria en qualquier tiempo
los fastos immortales de la historia,
emulando al olvido su memoria.

Ism. ¡Gran modestia, Señor! Maxima ilustre,
que te acredita un Héroe verdadero.

Koul. El Héroe jamás finge. El Heroe nunca
quiere mas q̃ lo justo. Siempre es recto:
jamás sus intereses disimula,
ni se duerme al arrullo lisongero
del vulgo adulador. Breve pregunta,
pero simple respuesta. ¿Cómo es esto?
¿Porque no viene Alí? ¿Cómo se tarda?
¿No llegó à ti de mi orden mensagero?

Must. Ayer por la mañana llegò: puso
en mi mano el Real despacho, mas luego
no volví à verle, ni otro alguno
intimó à mi supremo rendimiento,
en que pueda mi anhelo obedecerte.

Koul. Luego no sabes q̃ le dieron muerte.

Must. ¿Donde, Señor?

Koul. Dentro el Palacio.

Must. ¿Quando?

Koul. Esta noche pasada.

Ism. ¿Cómo?

Koul. Eso
os pregunto à vosotros.

Must. Por mi parte
no sé quien fuese osado à tanto exceso.

Ism. Yo no encuetro q̃ pueda ser posible,
ni hallo razon en que acredite el hecho.

Koul. Nada sabeis del caso sucedido
vosotros, y yo todo lo he sabido.
Almas engañadoras, yo distante,
y vosotros presentes, ¿saber debo
mas que vosotros dos? ¿Asi se vela
el bien de una Ciudad que al zelo vuestro
fié antes que hiciese mi partida?
Vuestro Señor bajo el gravoso peso
de las armas anhela, suda, y gime
entre el plomo tronante, entre el incendio,
expuesto à la intemperie, à las injurias
de tempestades, soles, agua, y vientos,
por sublimar la gloria de la Persia,
¿y vosotros dormís tan torpe sueño
à la sombra inmortal de mis laureles,
que no os desvela el pavoroso estruendo
del criminal estrago? ¡Cielos justos!
¡á quien fue à confiar Kouli-kan, ciego
las vidas y la sangre de sus fieles
infelices vasallos! El acero
dá muerte al ciudadano impunemente,
dentro de mi Palacio: el golpe acerbo
encuentra libertad para su logro;
mi Diván sirve de sagrado al reo;
y quién debe evitar de muchos modos
los delitos à expensas de su celo,
¿sumergido en el pielago profundo
del sueño, duerme aunque se arruine el mundo?

Must. No, no duermo, Señor; y convencido
estais de mi cuidado y mi desvelo
à muchas pruebas; pruebas de esparcida
sangre q̃ he derramado à favor vuestro
de mis rasgadas venas en mil lides.
Yo, Señor, fui Ministro mucho tiempo,
antes que fueseis Rey; sé mis deberes:
mas mi deber no exige, ni mi empleo
que yo invierta las horas de la noche
con la espada en la mano en ir corriendo
quantas calles ocultas Hispaham tiene;
para evitar los tragicos sucesos
de homicidios, estragos, y ocasiones
entre la infima turba del vil pueblo.
¿Y que Juez castigar los reos puede,
sino son delatados al Supremo
Tribunal? Yo, Señor, nada he sabido
de la muerte de Alí: yo inquirí el centro
de vuestro Real Palacio esta mañana;
y no entendí el indicio mas ligero,
ni ví señal de sangre, ni oí alguno
que hablase acaso del nocturno exceso.
Habrán tal vel soñado quanto han dicho
esos tus delatores lisongeros.
El mismo Alí al presente quizá sueña
sumergido en licores, que en extremo
le complacen: y en tanto que tu me hechas

en rostro la torpeza de mi sueño,
ruega al Cielo q en todos los cuidados,
asuntos è intereses de este Reyno
q à tu cargo se entrega por mil modos,
asi como yo duermo duerman todos.

Ism. Las disculpas destruyen brevemente
la acusacion, Señor: tu lo estás viendo:
¿Mas quien era enemigo de Alí acaso,
para querer exterminar su aliento?
¿Y por que en el Palacio entre las sombras
havia de ocultár el duro acero
que su vida rindió à la muerte ayrado?

Koul. Porque de mi le vieron estimado.
Porque el Palacio mio (que debia
ser altár de las leyes verdadero)
refugiò es de los reos solamente,
y porque basta vér que sea objeto
de mis favores dignamente alguno,
y que en mi confianza le prefiero,
paraque le concilien impostores
la ojeriza del Reyno y los rigores.
Almas llenas de engaños, lo sé todo.
Sé à mi pesar los barbaros congresos
nocturnos: sé las maximas ocultas
de ese infame serrallo, en cuyo centro
se alvergan, no una esposa, no cien Damas,
sino todas las furias del Averno,
todos los tigres de la Hircana selva,
que adulárau sin duda su despecho
si pudieran sacarme el alma unida
al postrero suspiro de la vida.
Persia, Persia inconstante è inhumana,
¿cómo pudiste aborrecér tan presto,
al mismo Rey q eliges? ¿Sobre el trono
le ensalzas, y despues le anhelas muerto?
Nunca de Kouli-kan serás tu digna:
mas Kouli-kan, q es digno de si mesmo
siempre, quiere seguras las preciosas
vidas de sus vasallos, y del yerto
asesinado Alí quiere venganza.
Cumpla el primer Visir tan justo intento,
ò al instante deponga insignia, nombre,
y autoridad; q yo à encontrar me atrevo
quien atienda mejor con sus cuidados
à las vivas urgencias de mi Pueblo,
y no se excuse de apartar del Solio
la crueldad, la ignominia, y el desprecio
con decir que no sabe; pues se infiere
que jamas sabe quien saber no quiere.

Must. Has dicho ya, Señor? Vé aqui en tu mano
la unica insignia en el augusto sello
de mi dignidad toda: quanto obtuve
de ti puedes cobrarlo: tu eres dueño:
pero el honor que obtengo de mi mismo
no me le usrpe alguno, si primero
no me quita la vida: y asi sufre,
Gran Señor, las verdades, pues no puedo
decir lo que no sé: la nueva ignoro
de la muerte de Alí: mas si tu anhelo
no permite ignorar, si saber quieres
de mi todo lo que oigo y lo q advierto,
sabe pues, que la Persia te titúla
su tirano; que en ti no vé un reflexo
de la virtud primera que abultabas.
Sabe que tiembla bajo un yugo acerbo:
que ya de tanta sangre está cansada,
y exausto de riqueza el universo
por la avaricia tuya. No se duele
de los Ministros, no: se está doliendo
del Rey en que protege los culpados,
en que oprime al que es digno de los premios,
en que quiere indiciar en sus delitos
à todos los demás, y no contento
con quitarle à la Persia sus Monarcas,
pretende reducir su heroico suelo
à un cumulo de ruinas, donde erija
cada piedra movida un monumento.
Ya sea verdad, ya engaño, ya impostura,
yo sé que esto se dice; y debiera esto
causarte mas cuidado que la muerte
de Alí. Mas si lo falso ú verdadero
en mis labios te ofende repetido,
permiteme callar quanto he sabido. *va.*

Koul. Insolente vasallo, tente, aguarda:
yo he de hacer que este aprenda, vive el Cielo,
à decir y à callar, y me confiese
quanto sabe de Alí: mas si el secreto
guarda, yo sabré hacer que en Hispaham se halle
algun acusador à quien su cuello
mas que las vidas de otros le interese,
y descubra el arcano su à despecho.
Ola: à Maibal se llame prontamente.

Ism.

Ism. ¡Ah! Mi Rey y Señor! si sois tan recto
en premios y castigos ¿quién pudiera
oponerse jamás al querer vuestro?
Y asi siendo al agrado Real debida
qualquier ofrenda, y tan seguro el premio,
no me escuso à decirte quanto supe.
Koul. Antes Maibal me escuche, y dirás luego.
Sale Maib. ¿Què ordenais, Gran Señor?
Koul. Vuelva à Hispaham: guia
por la senda mas breve, conduciendo
tres mil caballos en tu guardia. Al punto
que entres en ella, à quantos son del Reyno
Grandes, y al Real Diván en nombre mio
pregunta quien ha sido el traidor reo
que à Alí quitó la vida: y sino hallares
clara noticia, informe verdadero,
que en el caso te instruya con certeza,
entre todos no quede una cabeza.
Maib. ¡Misera Persia! ¡A qual tragedia horrible
destinada te vés!
Ism. Tarda un momento, *ap. los dos.*
que yo creo aplacarle. A tanto daño
ya previne la astucia.
Maib. Pues yo espero. ***Vase.***
Ism. ¿Puedo hablar ahora?
Koul. Si.
Ism. ¿Puedo adularme
de hallár en ti fidelidad?
Koul. No.
Ism. Há tiempo,
que me conoces.
Koul. Bien.
Ism. ¿Sabes que he sido
yo quien en Persia te aclamé el primero?
Koul. Por fuerza.
Ism. ¿Y quantas pruebas una, à una
tienes de mis lealtades?
Koul. ¿Yó? Ninguna.
Ism. ¡Cruel desgracia me persigue! Quanto
soy mas fiel, menos credito grangeo.
Pero ahora ¡quantas pruebas dár pudiera
todas seguras à mi Rey Supremo
de mi sinceridad! Mas si le miro
incredulo à las voces de mi zelo,
en vano se apresuran mis fatigas.
Koul. Dame una sola, y creo quanto digas.
Ism. Créeme en fin, y no receles nunca
que te mienta mi amor. Pluguiera al Cielo
que todos te engañasen de esta suerte,
y tu entonces serias, te prometo,
el idolo felice de la tierra.
Sabe que yo à porfia de mi afecto
y por tu amor olvido los amigos,
agravio de la sangre los derechos,
no respiro, no aliento, no me anímo
sino para tu gloria, y en tu obsequio.
Hasta ahora enmudecí, Señor, estando
presente Mustafá, tal vez temiendo,
si siembra entre nosotros la discordia
su odio infernal, que sufra el triste efecto
el publico interés. Del resto entiende,
que no duerme Ismaél tan torpe sueño,
y que no ignora nada del fracaso
infelice de Alí. Perdona cuerdo
la sangre de infinitos inocentes
Vasallos, donde solo uno es el reo;
y la delacion juzgue tu benigno
animo por piedad.
Koul. ¿Quien fué el indigno?
Ism. Un atrevido joven que aun apenas
numerará en sus lustros el tercero.
La edad inadvertida, los errores
involuntarios, la ocasion, el tiempo
de perdon le hacen digno; y aun merece
Mustafá igual disculpa, si al silencio
confió las verdades de este arcano
ignorando quizá mejor consejo,
que enmudecer en lance tan prolixo;
siendo el autor del crimen.
Koul. ¿Quién?
Ism. Su hijo.
Koul. ¿Hijo es de Mustafá? ¿Pues qué hijo es este,
que jamás he llegado à conocerlo?
Ism. Ausente de su Padre, y en la Armenia
educado, hace un año, segun creo,
que le llamó à la Corte.
Koul. ¿Y como pudo
solo un joven incauto ser tan diestro,
que ocultase el delito con las señas?
Ism. Yo no me hallé presente al golpe horrendo;
pero acaso lo estuve à los suspiros
dé

de un consternado Padre, y mandé luego
que al sangriento cadaver sepultaran.
Yo prometí inviolable juramento
de un silencio el mas cauto.

Konl. Y aun no hiciste
lo que mas importaba. ¡De ira muero!
Debia sepultár tu misma mano
al insolente vivo con el muerto,
porque huir no pudiese de mi enojo.
¿Donde se esconde el vil? ¿Donde el perverso
se oculta? ¿Quién le aparta de mi vista?

Ism. Refrena los furores, pues temiendo
tu indignacion, del Reyno y de la Corte
huye, y no le podrás hallar tan presto;
q̃ al temor alas presta el riesgo mismo.

Koul. Le hallaré si se oculta en el abismo.
Pero pues me ilumina el desengaño,
mientras la sangre del culpado vierto,
no llegue à derramarse la inocente.
Ola, Maibal suspenda mi decreto.

Vase un Soldado.

Mas vea el Asia infiel, que castigando
maldades, las virtudes recompeso.
Oy le diste, Ismaél una gran prueba
à tu Señor de tu lealtad y esmero,
y tu Señor no quiere serte ingrato.
Vé aqui en tu mano del Visir depuesto
las heroicas insignias que tu sabes
merecér mas bien que otro. El noble empleo
mejor desempeñado en ti le arguyo.
Tu serás mi Visir en lugar suyo.

Ism. Demasiado honor logro, Señor.

Koul. Nunca
lo que es debido demasiado creo.
Dél galardon aprende desde ahora
à servirme à mi solo: y quando llegó
à fiarme de ti, confiar puedes
tambien tu de que sé guardar secreto.
La sangre delinquente de hijo y Padre
compensará la muerte de Alí: pero
jamás sabrán el delator quien sea.
Igualmente de ti se entienda menos;
que yo te mando ahora que registres
si entre papeles suyos algun pliego
escrito de mi mano conservaba
el cadaver de Alí, y en el momento
conducele à mi mano. Sabrás todo
el secreto algun dia; oy le reservo
por descubrir lealtades: por ahora
te baste à ti observar, que sé, que véo,
que tu honor solicito y tu fortuna;
y que si en la conducta que te entrego
obra el engaño la tardanza ò arte,
quien te pudo elevar sabrá arruinarte.

Ism. No receles, Señor; que en la obediencia,
mudo procedo, y executo ciego:

Ahora se vè arder el serrallo.

mas ¡ay Cielos! Yo veo, ò me parece
que arde todo el serrallo. ¿No estais viendo
ondear el humo, y vermejeàr la llama
por todas partes?

Koul. Es verdad. ¡Oh Cielos!
¡Qué improvisa desgracia! Oh! nunca sea
consequencia fatal el voráz fuego
de la muerte de Alí! Llena la Corte
está de almas infames, viles pechos;
y un atrevido paso abre las huellas
à muchos. En persona iré yo mesmo
à dar ordenes prontas: mas tu piensa
solo en la carta, y cumple mi precepto;
y si pretende alguna injusta mano
festejar de esta forma mi regreso,
en este mismo fuego de tal suerte
purificar à toda Persia entiendo,
que no viva un Persiano; y quando quede
sin vasallos tan viles, el paterno
bosque será mi asilo nuevamente,
y viviré sin duda mas sereno,
oculto entre su olvido y abandono,
que entre tantos traidores sobre el trono. *Vase.*

Ism. Ya el politico golpe he conseguido,
y solo le lográra un pronto ingenio.
No arriesgo con el Padre al hijo, y guardo
tanta sangre inocente. Aun el incendio
alli al arte desvela, que à mi astucia
solamente conoce por objeto,
y debe hacer odioso à toda Persia
al tirano à quien quiere vér òpreso.
Nadie vé de esta trama el intrincado
texido que fomenta mi talento;
mas yo todo lo advierto, y lo haré todo;

por-

porque quando se fia de mi el mesmo
que recelár debiera mis ardides,
bien le ciega el destino lisongero,
bien le aníma su pronta desventura,
y mi maxima heroica se asegura:
pues desde este principio doi por cierto
que el Asia es libre, Kouli-kan es muerto. *Vase.*

Sale Mustafá.

Must. Arde todo el serrallo por la impia
mano de aquel cruel; puesto el incendio
antes de que muriese: à la memoria
del riesgo de mi hijo me estremezco.
¡Ah! ¡Barbaro destino! ¡Quantos sustos
en un dia! Sé bien que no está lexos
de él apenas un paso, y que Palmira
consigo le traerá: mas si por yerro
eligen la vereda del collado,
son entrambos perdidos. No hay sendero
sin guardia de Soldados. Las ocultas
ordenes que expidió el traidor perverso,
dán que temer al corazon de un Padre
demasiadas desdichas. ¡Santos Cielos!
Ya que se perdió todo, ¡ah! no se pierda
tambien su vida! Si el existe, tengo
tantos amigos, tanta gente en armas
pronta por mi à la muerte, que yo espero
mostrar à este prodigio de la guerra,
que él no es solo en el mundo, y que hai aliento
en mi para sin él engrandecerme,
quando diga la fama al universo,
si el destino à mis logros no se opone,
que un depuesto Ministro à el le depone.

Sciamelech, y Palmira sobre la colina.

Sciam. Por aqui, gran Señora, que hasta el llano
es el camino breve. *Sobre dicho Puente.*

Palm. No, que veo
gente en armas al frente.

Sciam. Y à la espalda
tambien hay ruínas, confusion è incendio.

Palm. ¡Oh, estrellas!

Sciam. ¡Ah, destinos!

Palm. ¿En un trance
tan cruel que se elige?

Sciam. En tanto riesgo
à la resolucion dudoso falto.

Must. Sirva al efugio la eleccion de un salto.
No nos queda recurso mas propicio
en trance tan urgente. Ved abiertos
mis brazos porque el ímpetu sostengan
del salto audáz desde la puente al suelo.
¡O quánta gente en armas se apresura
por qualquier eminencia! Este es el tiempo.
Saltad que à sosteneros me preparo.

Palm. Cielos, valedme.

Sciam. Padre, amparo.

Saltan, y Mustafá los recibe en los brazos.

Must. Gracias al Cielo, ya estais libres. Ahora
entre el valle forzoso es esconderos,
mientras se proporciona diestramente
de transportaros à Agra el mejor medio,
donde las guarniciones veteranas
manda un hermano mio.

Palm. No hay recelo
que me impida seguirte; pero llega
por la parte del valle gente. ¡Ah Cielos!

Sciam. ¿Aún el femeníl trage te estremece?
Esa que viene aqui muger parece.

Sale Zarema por el valle.

Zar. Una fineza, amigos. De vosotros
alguno me sabrá decir de cierto
si de la horrible llama que en áquel Serrallo
se disuelve en cenizas; ¿à lo menos
se ha librado Palmira?

Palm. ¿Y tú quién eres
que por mi te interesas tanto? ¿Esos
transportes son fiereza ò piedad? Libre
Palmira está; mas del destino adverso
consternada y opresa, el Régio Sólio
y el talamo infelice de Himenéo,
cede à quien le pretenda; y fugitiva
corre, buscando entre el horror, el fuego,
y la sangre en que Persia vé inundarse,
un ángulo de tierra en que ocultarse.
Díselo así à Zarema, si acaso eres
tú de su comitiva. Dí que cedo
el Esposo à sus brazos. Pero díla
que al lado de un esposo tan sangriento
mi barbaro destino la horrorice;
y tiemble q̃ algun dia en sus despechos
no tenga, si lo quiere injusta estrella,
tambien Palmira que llorar por ella.

Zar. Tu injurias à Zarema, y te perdono
porque no la conoces. Mas te advierto
q̃ ha nacido tambien entre explendores
de un Sólio; y aunque el hado haya dispuesto
que sirva humilde prenda por rehénes
de un feudatario al vencedor sobervio,
sabe obrar como Reyna, y te aseguro
que te pretende libre; que el deseo
suyo anhela tu vida; que las bodas
de tu injusto tirano odio en extremo.
y porque ha prometido no entregarle
su mano mientras vivas, ruega al Cielo
que no mueras jamás. Vive, Palmira,
que aun su sangre à favor de sus alientos
te promete; y dá gracias al destino
de haberte hallado libre de igual riesgo.
Conoce si hay virtudes en la India.
Aprende à no temer al mismo tiempo
à una infelíz ribál, que está tus glorias
involuntariamente compitiendo;
y en vinculo primero de fé extrema,
dame los brazos pues; yo soy Zarema
Se abrazan.

Must. ¿Tú Zarema? Partamos, q̃ es temible
que algun explorador venga siguiendo
tus huellas.

Sciam. ¡Ah! no padre, que sus ojos
han tumultuado en mí mi pensamiento.

Must. Sciamalech, ¿qué dices? tú no debes
extender tan sin límite el deseo.

Sciam. ¿Por qué nó, quando el Cielo la hizo hermosa?
¿Crées q̃ pueda en Palmira infundir zelos
esta pasion amante? Yo la adoro
tambien, pero distingo los afectos.

Zar. ¿Quién es aquese joven q̃ me observa
con atencion tan rara?

Palm. Es heredero
del mas fiel entre todos mis vasallos.

Zar. Digna es su gentileza de otros premios
que el de un subdito estado.

Must. Vamos antes
q̃ Kouli-kan tal vez llegue al encuentro.

Sciam. ¿Tanto, Padre, le temes, quando miras
en dos altares repetida à Venus,
cuyos ojos suaves obligáran
à piedad amorosa el tenáz pecho
del tigre mas ayrado? ¡Ah! Padre mio,
perdona. No haré ultrage tan grosero
à su encanto divino, y mi osadía;
que por no separarme de su obgeto
irritaré à la muerte. Considera
que poco antes trataba con desprecio
disfrazarme entre adornos mugeriles,
por no verme privado de este acero,
en cuya lumbre à horrores destinada,
toda la ira del Cielo está cifrada.
Trahe tu à la memoria las primeras
muestras de su magnanimo ardimiento.
No en las manos de un Joven se desprecie;
que tal vez solo un niño infunde miedo
à los mismos gigantes. Por altivo
que sea Kouli-kan, yo no le temo,
antes él imagine que su aurora
se obscurece, y la mia nace ahora. *Vase.*

Must. Disculpad su osadía, pues la tierna
edad jamás escucha otros consejos
que el estimúlo ardiente de la sangre.

Zar. Yo no permito à su abandono el riesgo
de que solo se vaya. Si te atreves,
vén conmigo, Palmira; y te prometo
que en la dudosa empresa que prosigo
quedarás libre, ò moriré contigo. *Vase.*

Palm. Sigamosla no obstante. ¿Qué infortunios
mas terribles podrian sucedernos?
Quanto mas numerosa la union sea
contra él, su fiereza será menos.
¡Oh! permitiese el Cielo que trocase
por nosotros idea y pensamientos,
sin llegar à la sangre! Odio al tirano;
pero al Esposo aborrecer no puedo.
Y combatida entre el amor y el odio,
la piedad y la ira, escuso, anhelo,
me estremezco y confundo. Mas si el golpe
debe caer, yo ignoro, justos Cielos,
de que seré capáz; que en tanto abysmo
tiemblo el trance y deseo el trance mismo. *Vase.*

Must. Con decir q̃ es muger hubiera dado
à su fútil discurso complemento.
Pero yo que soy Padre, soy Persiano,
y ofendido, distintamente pienso.
O perder todo, ò intentarlo todo;
mas si correr algun peligro debo,

al

al valor la desgracia no le altera.
Salve primero à mi hijo, y despues muera. *Vase.*

ACTO III.

Jardin corto, con vista de alguna fábrica en el Palacio de Hispaham, con dos cenadores de verduras. Mustafá è Ismaél.

Must. ¿Tú à la Corte me llamas, suspendiendo
mi fuga quando tanto me interesa,
y à huir me exortan tantas causas juntas?
Vé aqui al Tirano ya en Hispaham, y en ella
la flor de sus esquadras vencedoras.
Vé à la infelíz Palmira entre sus mesmas
murallas por tu influxo introducida,
con la ribál temible que recela.
Dentro de este recinto todo es riesgo
para mí; todo es susto y contingencia;
todo amenaza la preciosa vida
del hijo mio, destruyendo nuestra
máquina oculta: ¿y quieres que aun me quede
donde tantos peligros nos rodean?
¿No intentas q̃ me libre? Podré huyendo:-
perdoname, Ismaél, yo no te entiendo.
Ism. Eso es lo que pretendo yo; que todos
me escuchen, y ninguno me comprenda.
Ya lo insinué desde el primer momento.
Y quien la nave de este Imperio quiera
ver por mí dirigida en su naufragio,
de mí ha de confiarse. En la tormenta
vela el Piloto que en la calma duerme;
y en el mar quando menos se sospecha,
si de escollos abunda el golfo undoso,
zozobra el vaso, encalla, choca, y quiebra.
Es menester en tiempo tan preciso
calma para nosotros, porque duerma
el Tirano, y logremos de esta suerte
mezclar sus tristes sueños con la muerte.
Quedese en fin Palmira sin recelo
dentro de este Palacio con Zarema.
No salgan tus amigos, y tu mismo
debes tambien quedarte en su reserva.
Bastará que al primer aviso todos
os pongais luego en arma, y à gran priesa
tomeis las avenidas que dirigen
al campo en que Maibal rige y gobierna
numerosas esquadras, quien me ha dado
palabra de aliarse à nuestras fuerzas.
Solamente tu hijo à él se anticipe,
y aqueste escrito de mi mano sea
salvo conducto allá, que lo asegure
quando dentro el Serrallo lo estuviera,
donde escusa ocultarse por mi orden.
Must. Ni el paternal precepto le refrena.
Incauto y orgulloso, desde el punto
que à Zarema miró, no es facil pueda
separar su atencion de su hermosura.
Furtivo en el Palacio entró con ella,
y existe todavia al lado suyo.
Mas si la verdad digo, tal idea
he formado, Ismaél, de aqueste joven,
que de su amor temprano no me pesa.
Dos mugeres heroicas se previenen
à velar por su vida y su defensa.
No le conoce Kouli-kan, ni sabe
que él puede ser el reo que recelas
cuya duda conforta mi esperanza.
Ism. En vano, Mustafá, te lisongeas.
Demasiado lo sabe, te lo advierto.
Si le conoce, sin recurso es muerto.
Must. ¿Lo sabe? ¡Ay de mí triste! ¿Y qué inhumano
el oculto secreto le revela?
¡Hijo incauto! sus ímpetus audaces,
su orgulloso denuedo y su imprudencia
le habrán autor del crimén declarado.
Ism. No Mustafá, yo mismo le he acusado.
Must. ¿Tú le acusaste? ¿Cómo? ¿Un consejero
nuestro nos vende de esta forma? ¡Oh, estrellas!
¿y sufrireis vosotras la execrable
acusacion sin susto de la esfera?
¿Y yo puedo sufrir que à vista mia
el cruel delator se jacte de ella
sin traspasarle el corazan villano?
¿Quién te detiene espada heroica? Esta
victima es la mas digna de tu furia.
Barbaro amigo, monstruo de cautela,
infame consejero ¿no sería
mas justo que à negar no me induxeras
lo que tu has declarado? ù por lo menos

decirme para aviso de mi pena,
quando parte al secreto es fuerza hacerte.
¿Guarda ese hijo q̃ quiero ver su muerte?
Todo lo he comprendido. Tú compraste
la dignidad de un Padre con la horrenda
muerte del hijo que ama. Tú vendiste
à los amigos tuyos, à tu Reyna,
los derechos sagrados de la patria
comun, y la esperanza de la Persia
al precio de la gracia de un tirano.
Pero escucha enemigo; escucha y tiembla
de la prediccion mia. Esos favores
sobre tu sér à nuevo sér te elevan
para que tu descenso sea mas grave.
Y ruega al Cielo que à la muerte acerba
de su hijo Mustafá no sobreviva;
ò veràs, que aunque osada tu cabeza
esté sobre la mia sublimada,
para echarla à mis pies basta esta espada.

Ism. Y bien: ¿Para qué tardas? Executa
en mi execrable cuello tu fiereza,
y veremos despues en qué afianza
su libertad la triste patria nuestra.
¿Quántas veces mi labio te previno
que de quanto yo hiciere no pretendas
satisfaccion alguna, porque solo
me entiendo yo, y en todas mis ideas
lo mejor executo? Soy ingrato,
pero vive aun tu hijo. Nadie intenta
buscarle; y si le buscan, no en el sitio
donde está. Son perjuras mis cautelas;
pero yo solo à una segúr infame
supe usurpar mil inocentes testas.
¡Misera el Asia toda, si la falta
un traydor qual yo soy! ella se quexa
de tu amenazadora voz injusta,
mas no de las traiciones que en mi encuentras.
Agradece que soy leal Persiano,
y te tolero mucho; pues pudiera
hacerte ver en tu peligro fixo
qual de los dos sea el traydor de ese hijo.

Must. ¿Y qué puedes hacer? Prueba, y veamos
donde sabes llegar. Todo se pierda.
Adelantese un paso que de un lustro
à esta parte mi pecho siempre altera,
y ahora te puede horrorizar sin duda.
Vé, pues, perjuro; vé, abandona en prenda
la vida de ese joven al sangriento
perseguidor cruel; pero antes tiembla.
Sabe que él es el resto único ilustre
de los Reyes Persianos. Mi reserva
supo esconderle à la fatal ruina,
que comprendió à la Augusta descendencia
de nuestros dignos Héroes. Como hijo
mio hize le educasen en la Armenia,
sin que ninguno à penetrar llegase
que fuese el sucesor de la Diadema.
¿Tú sabiendolo ya, qué determinas?
¿Y à quál extremo tus ardides llegan
para completar la obra? Cruel, mira
qual vida por tu causa se vé expuesta.
Oye de los amigos y la patria
los dolientes lamentos. Oye aquella
Sangre Real, que muy presto por tu influxo
desatará iracunda indigna diestra,
como te llama infame consejero,
amigo ingrato, monstruo de infidencia.
Y entonces sumergido en tanto abismo,
no te afrentes, si puedes, de tí mismo.

Ism. Me afrentára de mi quando yo hablase
como hablas tu conmigo. Mis ideas
no retrato jamás, porque las mide,
antes de practicarlas, la prudencia.
He descubierto el reo de la muerte
de Alí, primero que el arcano fuera
notorio à mi lealtad. Ahora le entiendo;
pero ahora q̃ le sé, y en su advertencia
corrige à mi ignorancia tu heroismo,
mil veces volveria á hacer lo mismo.
A ninguno interesa que haya un Héroe
sucesor de las glorias de la Persia
mas que à mí; y tu debias descubrirme
antes ese secreto que hoy revelas.
Mas si tu desconfias, desconfie
tambien yo. Mi cordura solo anhela
librarle, y me prometo conseguirlo.
Y tú amenaza, irrita, ofende ò ruega,
no imagines jamás que te dé alguna
razon de mis consejos. Si deseas
en mis cautos secretos tener parte,
de mi primero aprende tu à fiarte.

Must. No puedo responderte, porque veo
que nuestro usurpador aqui se acerca,

evitarme su encuentro solicito.
Mas tú advierte, que solo me aconseja
el público interés, y que no espero.
Quanto ha de executarse se resuelva
sin dilacion alguna, ó grito al arma;
altero todo el Reyno; alzo vandera
de sedicion, y libertad clamando,
con una mano elevo à la grandeza
del Sólio à un Rey legitimo, y con la otra
esgrimiendo este acero hasta que pierda
embotados los filos vencedores,
haré vér, que si tú à vivir me enseñas,
mordiendo la cadena al yugo atado,
yo te enseño à morir qual buen soldado *Vase.*

Ism. Harto me enseña el tiempo; y quanto ahora
he aprendido de tí nuevas ideas
exigen de mí mismo, porque llegue
al justo complemento nuestra empresa,
y siempre Kouli-kan me juzgue fino.
El se aproxíma: aqui de mi cautela...
He pensado: he resuelto.

Sale Koul. ¿Tú sabrías
que aqui vendria à respirar siquiera
lexano de los ojos populares
en guardia de mi mismo?

Ism. A mi obediencia
Maibal se lo previno en este instante.

Koul. ¿Y executaste ya mi orden secreta?
Entre varios escritos que tendria
Alí ¿encontraste alguno de mi letra?

Ism. No Señor; y bien puedo asegurarte
de que otro alguno hallarle no pudiera.

Koul. ¡Quánto he perdido yo en el infelice
Alí! Cauto, y leal, veces diversas
solia entregar al fuego mis decretos
antes de executarlos. ¿Y qué nuevas
sabes del agresor?

Ism. A esto he venido,
Señor, y quanto ignoras he sabido.
El arrogante joven fingió astuto
salir de la Ciudad la noche mesma;
pero ignorado al mismo Padre, busca
un asilo à su riesgo dentro de ella.
En la Ciudad se oculta; pero siendo
capaz de tantas gentes tan inmensa,
no pude penetrar en solo un dia
el efugio que elige à su defensa.
Mas si cautelar quiere los rumores,
porque ellos su peligro no le adviertan,
que lo sabrás mañana te prometo.

Koul. Viva ese espacio mi furor secreto.
El golpe atróz debe caer sin ruido,
porque no se malogre su violencia.
¿Qué no se acuerda ya la Persia ingrata
de que Kouli-kan solo su amor era?
Siempre de novedades deseosa,
los Pastores al solio excelso eleva,
y á los Reyes arroja de su cumbre.
Al que amaba aborrece; al que detesta
oy adora mañana; y como el golfo,
à quien el viento ensoberveceò templa,
ya rie, ya murmura, ya amenaza,
ya azota la ribera, ya la abraza.

Ism. No en ti se verifique, como alguno
demasiado pretende: y bien pudiera
conspirar el Visir depuesto ahora
irratado, Señor, con la sentencia
del hijo. Mas yo sé quanto se dice;
sè quanto se imagina; náda temas:
y pues yo te repito que te fies,
que desheches recelos y sospechas,
aunque el riesgo à los ojos se presente,
descansa, ò Rey, porque Ismaél no miente. *Vase.*

Koul. Es sutíl: los primeros años suyos
acrisolò en las Cortes su experiéncia,
donde mas vale quien mejor se oculta.
Yo he detestado siempre la vileza
de cautelar mi pecho, y me sonrojan
la impostura y las maximas plebeyas.
Mas no obstante, aqui importa el disimulo.
Finjase alguna vez: callar es fuerza
aunque sufra alguna fé traidora,
y empieze con Palmira desde ahora.

Sale Palmira.

Palm. Despues de los cuidados q̃ distraen
à un vencedor, despues de las urgencias
del cargo de reinar, debiera darse
algun tiempo à una Esposa.

Koul. Ella debiera
ser el primer cuidado; mas la llama
en que todo el serrallo ardió pavesas,
superó los incendios amorosos
que mi pecho leal por ti alimenta.
Importó mas tu vida que el deleite

que mi afecto en tu rostro hallar pudiera,
y mas me interesaba libertarte
del riesgo, q́ mirarte al riesgo expuesta.
¿Quién no me vió anhelar solo à mi esposa?
¿Quién no me oyó al impulso de mi pena
clamar confuso entre el asombro y la ira:
mueran todos, mas salvese Palmira?
Ya en fin libre te veo; y en tus brazos
consigo respirar de mis guerreras
dilatadas fatigas, y en su apoyo
de mis dias gozar la hora mas bella.
Quiere abrazarla, y ella no lo permite.

Palm. Te engañaste, Señor; no soy yo aquella.
Yo fui la esposa tuya mientras te abre
mi mano fiel la usurpadora senda
que al trono de la Persia te conduxo,
y mientras derramaba tu ira ciega
la sangre que en sus venas alvergaban
de Tamerlan los nietos. Yo fui Reyna
quando tu eras un Héroe; quando fuiste
el idolo glorioso de la Persia;
y en fin quando reinar sabias. Ahora
q́ ya no eres tú aquel, no soy la mesma
que fuí; y el suave lecho, el sacro trono
à favor de Zerema le abandono.

Koul. Te comprendo, Palmira; en tu labio hablan
ilusivas zelosas apariencias,
quando atender no puedo mas influxos
que mi deber. No confundir pretendas
con el Soldado altivo al tierno amante,
con el Rey al esposo. Es prisionera
Zarema en tus dominios; es mas presto
obtenida en rehenes, servil prenda
del Mogól feudatario. Mas tu eres
mi amado dueño, mi gloriosa Reyna,
y ofendes tus derechos soberanos
con el cotexo desigual. Observa
que cuidados me debe, quando solo
el riesgo de tu vida me desvela,
y aun ahora me estremece su memoria;
porque no basta un Mundo de bellezas
para contrapesar (si bien se mira)
la perdida de sola una Palmira.

Palm. ¿A quién hablas asi? Tanto cuidado
de que no quede entre cenizas yertas
confundida al insulto de la llama,
¿y despues no se inquiere, no se zela
ni se busca el autor?

Koul. ¿Y donde habia
de buscarse entre sombras macilentas
de la confusa noche, y entre tantas
almas engañadas, de que apenas
la Ciudad estará jamás segura?
Numenes que velais en la defensa
de la Patria, vosotros sabeis solo
quien fué el indigno incendiador de aquella
fabrica; y de vosotros solicíto
me reveleis quien el cobarde sea,
porque vea Palmira, que à sus plantas
con esta espada que el furor gobierna,
le arranco el corazon del pecho ingrato.

Palm. Dámela à mi, y aqui à tus pies le mato.

Koul. Donde está el atrevido? ¿A mis pies como
has de dar al cruel la muerte acerba,
sino le veo, y deslumbrarme quieres?

Palm. Yo le veo muy bien. Traidor, tu eres.
Barbaro, ruborice tu semblante
vér que una Real consorte en tu presencia
sostiene que su muerte proyectabas.
Una orden tuya, infiel, formó la hoguera,
entre cuyos diluvios de bolcanes,
pretendias mi vida vér disuelta
en palidas zenizas, porque ocupe
mi lugar y derecho esa estrangera
beldad, que el corazon y mano escusa
que el elevoso Kouli-kan le entrega,
en tanto que extinguida mi persona,
tambien ciñe su frente mi corona.
Que la logre cruel; ¿mas porque causa
hacerte reo de mi muerte intentas?
¿Tal vez no te bastó arrojar del trono
à mi hermano, vertér la sangre excelsa
de sus hijos, habér exterminado
toda su generosa descendencia,
que quieres todavia, quando menos
tus impiedades barbara recela,
despojar de la vida à una inocente
Esposa tuya? Por tu mano muera;

que entonces aun la muerte le seria
estimable à quien tanto la desea,
y asi se completaban tus crueldades.
Yo vivo ya cansada de ser Reyna,
para reinar como infeliz esclava
de un rustico Pastor; de verme opresa
al lado de un esposo fementido,
cuyo iracundo brazo me presenta,
siempre bañado en sangre, los horrores
que sufre el Asia en su fatal cadena.
Anda, ultrage del Mundo: tuya es, fiero,
Zarema, y tu eres mi odio verdadero.

Koul. Tu deliras, Palmira. Amor sin duda
produce tus freneticas propuestas.
¿De quien vives quexosa? ¿Quién pretende
exterminár tu sangre? ¡Vana idéa!
¿Para lograr tu muerte era preciso
acaso que la tumba previniera
un incendio à porfias del estrago,
como à Dido en los muros de Cartago?
No eres su semejante: su osadia
con tus debilidades no concuerda.
tu vida yo la guardo; y si en tu ruina
à mis plantas el Mundo no cayera,
inocente muger, ¿que interesaba
mi valor en el logro de esta empresa?
Tus miedos son del sexo frenesies;
son torpes imposturas de la Persia;
son engaños de un Pueblo fementido,
que solo de traiciones se alimenta.
Almas viles, bien sé porque se nombra
en las infamadoras voces vuestras
la justicia crueldad, rigor las leyes,
y la soberania odio y soberbia.
Vosotros sois, traidores, los perjuros;
vosotros sois los monstruos de cautela,
los homicidas, reos y agresores.
Y porque el castigar vuestra insolencia
debe ser justo empleo de mi mano,
el perfido soy yo, soy el tirano.
¡Misera tu, Persia cruel, si fuese
tan inhumano yo como aparentas!
No me obligues que arranque de la cinta
la espada; ò te prometo deponerla
quando no haya en tus viles moradores
vidas que dovorar, sangre que vierta.
Y despues que à mis justas iras solo
un abismo de ruinas en ti veas,
donde el humo que exalan tus cenizas
el holocausto à mi venganza ofrezca,
podrá decir Palmira, que yo enciendo
en el serrallo la flamante hoguera,
que conspiro à la muerte de una esposa,
que soy un cruel monstruo de fiereza,
y otros muchos ultrages de mi agenos;
mas lo dirá con causa por lo menos.

Palm. ¿Luego yo hablo sin causa, ò me imaginas
frenetica? No sufre mi nobleza
la villana impostura que en mi entiendes.
Quiero vér sonrojada en mi presencia
esa intrepida frente, si sostengo
que arde el serrallo porque tu lo ordenas,
y querias hallarme sepultada
en su ruina fatal. Mas si lo niegas,
Barbaro, antes que el resto manifieste,
mira, traidor, un pliego tuyo en este.
¿Te estremeces? ¿Te turbas? ¿Tiemblas ahora?
Dexame à mi el temer: ¿Palmira sueña,
ò engaña à Kouli-kan? ¿Es el Persiano
el reo, ò la homicida es tu infiel mano?
Ea pues, esa espada fulminante
desocupe la funda que la encierra,
para no deponerse: vierta golfos
de sangre tu inhumana injusta diestra.
Abrasa, insulta, yere, arruina, y mata
hasta que no quede uno de quien puedas
temblar; que quando todos falten, quando
quedes solo en el globo de la tierra,
temblarás de ti mismo; y tus voraces
remordimientos, si el dolor te acuerdan
de una Patria, de un Reyno, y de una Esposa,
en tu corazon fiero haciendo presa,
furias serán del Erebo profundo,
para librar de tanto asombro al Mundo. *Vase.*

Koul. ¿Tanto se sabe. se penetra, y habla
como escuché à la femenil flaqueza
de una muger? Apartense en un todo
de mi las reflexiones de prudencia.
Acrediten el nombre de tirano

el

el horror, el cuchillo, el fuego. Muera
Palmira; suba al Solio en lugar suyo
la divina hermosura de Zarema.
Y arranque de los hombros desleales
un golpe audáz mil barbaras cabezas
que rehusan el yugo. Si à un Monarca
igual à Kouli-kan no le aprovecha
producirse segun razon de estado,
empieze oy à reynar un despechado. *v.*

Salen Zarema, y Sciamelec.

Zar. Tu quieres perseguirme sin reparo
à pesar de tu Padre que afligido
teme los riesgos tuyos.
Sciam. Teman todos;
yo no sabré temer sino el peligro
de apartarme de ti, de separarme
de esos ojos que idòlatra examino.
El palacio es extenso, y en mi vista
se ostenta todo un argos reducido;
que aunque amor en otros viva ciego,
en mi ilumina su confuso fuego.
Zar. Necio amor, que en un tierno joven solo
se alimenta de audaces desvarios,
sin vér jamás un rayo de esperanza.
Una muger de honor igual al mio
no ama sino al que logra sér su esposo
en soberano lazo; y nunca es digno
de aspirar à la mano de Zarema
quien à sus pies no rinda una diadema.
Sciam. Pues ¿qué dudas? ¿Acaso me imaginas
incapáz de ofrecerte el trono invicto?
Qualquier vasallo que en su pecho alvergue
un corazon tan grande como el mío,
arbitro de la tierra puede hacerse
à pesár de la Estrella: y pues has visto
que mi Señor en Persia fué un villano,
tambien yo podré hacerme un Soberano.
Zar. Que podrás no lo niego; mas se truecan,
los sucesos dudosos con el giro
de la edad. Tu eres joven todavia.
Sciam. Tambien el duro roble raiz ha sido
en la selva, enseñado à doblegarse
baxo qualquiera planta por estilo,
y creciendo despues, en anchos mares
siendo asombro de rumbos cristalinos,
desafia las nubes, rompe el viento,
desprecia uno, y oprime otro elemento.
Y ¿quién sabe, Zarema soberana,
si en este joven crece un nuevo Ciro?
¿Quién puede asegurarte, si oy desdeñas
este ardor que à tus ojos sacrifico,
que por él no suspires algun dia,
quando lleno de triunfos infinitos,
si mi fortuna mi valor no impide,
por tus desdenes de tu amor me olvide?
Premia mi fé y aguarda. Si imaginas
distante la esperanza donde aspiro,
mira aqueste puñal que en mi confian
del Asia y de la Persia los destinos.
Mira este brazo que le rige, y crée
que este acero, esta mano, y este brio
son en quien mi ventura se eslabona,
y quien pondrá en tu frente la corona.
Zar. No aprecio el dón que ofreces, ni de injusta
usurpadora mano le recivo.
Entregame el puñal. A quien pretende
mi piedad, yo no quiero verle impio.
Y sino es impostura que me quieres;
quanto hacerte querer de mi has sabído,
esta sea la prueba.
Sçiam. Toma. Pero
si solo desarmarme ha pretendido
Zarema, no procure envilecerme.
Un espiritu vil sería indigno
de ti, y me sonrojara demasiado.
El puñal por servirte le he cedido
Mas no entiendas, Señora, que me falten
las armas, la osadía, el incentivo
à favor de la Persia; y sino logro,
amante y ciudadano à un tiempo mismo,
unir con el amor la gloria; sean
el deber y la sangre preferidos;
que aunque el amor me humille de este modo,
lo primero es la Persia, y despues todo. *Vase.*
Zar. ¡Què magnanimo esfuerzo! En aquel brazo
este puñal tal vez fuera un testigo
que

q à otros pudiera hacerme sospechosa.

Sale Acmet.

Acm. Huye, hermana (¡ay de mi!) somos perdidos.
Kouli-kan solicita por mi medio,
pronto à qualquier violencia, tus desvios
superar, y mirarte entre sus brazos,
aunque el amor no adule los cariños.
El ya no tiene freno, ni yo vida
sino premias su infame ardor nocivo,
desarmando su colera inhumana.

Zar. Y qué, ¿tu no defiendes à una hermana?
¿No tienes corazon? ¿No tienes ira?

Acm. Tengo ira, tengo un pecho enardecido,
y un corazon valiente; mas no tengo
un puñal vengador en que el destino
hiciera mis prisones menos graves.

Zar. Aí tienes el puñal, tu deber sabes.

Le arroja el puñal, y vase.

Acm. Si, le sé; ya no espero mas palabras
que sirvan à mi furia de incentivo.
Venga el traidor, pregunte por Zerema,
è inquiera si ya su orden he cumplido;
que entre tanto que llega, yo me escondo,
y con el duro acero le respondo.

Se oculta.

Sale Konll-kan y Guardia.

Koul. Todos os retirád; y quando llegue
Zarema con su hermano à este retiro,
encuentre libre el paso: ya me tienes,
desesperado amor, solo contigo.
Ya solo con vosotros, pensamientos
funestos, me teneis; y aqui confio
reposar del cansancio intolerable
que en mi la vigilancia ha producido
de la proxima noche, donde pueda
escuchar cautamente vuestros gritos.

Se sienta en el Cenador.

Ya decreté la muerte de Palmira,
y he mandado tambien el exterminio
de Mustafá su exacto confidente,
y de quantos abrazan su partido.
Suba Zarema al trono por mi mano,
y este honor me grangée el Padre altivo,
paraque con las armas de la India
toda pueda fixar el yugo mio
sobre el cuello inflexible de la Persia;
y despues si aborrece mi dominio,
ella tambien me tiemble. Hagamos treguas
un breve espacio, languidos suspiros,
que un apacible sueño pone en calma
los borrascosos pielagos del alma.

Se duerme.

Sale Sciamelec.

Sciam. Duerme el Rey. ¡Qnán plausible golpe ahora
pudiera executár, puesto que he oido
que à todos solicita dar la muerte!
Yo prometí à Palmira el sacrificio,
y podré en la cercana Galería
encontrar algun yerro vengativo
que escupiendo de lexos su ponzoña,
sienta el cruel la muerte antes que el tiro.
Ea pues à la patria libertemos,
à mi Reyna, y mi Padre; no esté omiso
el valor en un trance tan urgente.
Barbaro, espera y duerme en tu descuido;
que si nadie por suerte à verme alcanza,
no tardo, y buelvo al punto à la venganza.

Vase.

Sale Acmet..

Acm. Vé aqui el fatal momento: al sueño yace
todo el horror del Mundo entorpecido,
y sus guardias están distantes. Dioses
Soberanos, guiad el brazo mio.
Mas rumor he escuchado ácia esta parte.

Registra por la Scena de suerte que no vea à Sciamelech que viene por la parte opuesta con un arcabuz en la mano.

Sciam. ¡Ay de mi! Que à su lado un hombre he visto,
y quizá será alguno de sus guardias.
Pero ya se retira distraído,
y aun quando vuelva, antes que à verme alcanze,
si los Cielos me amparan, logro el lance.

Arrima el arcabuz à la cara.

Sale Acmet.

Acm.

Acm. Me engañé. Nadie llega. El golpe apreste.
Muere cruel.

Llega en acto de herirle, à cuyo tiempo dispara Sciamelec, cayendo Acmet inmediatamente, y se levanta Kouli-kan *despavorido.*

Koul. ¡Oh! ¡Dios! ¿Qué estruendo es este?
Sciam. ¡Ah! que el golpe faltó! Pero no falte
la osadía y ardíd.
Koul. ¿Pero que miro?,
¿muerto Acmet à mis plantas, en su mano
un puñal, y tú, jovén atrevido,
con esa arma en la tuya, sin que atiendas
à precaver huyendo tu peligro,
quando indiciado en tanto horror te adadvierto?
Sciam. ¿Porque he de huir? ¿Porque à un traidor he muerto?
No sé quien es; mas yo le ví no obstante
que à vos se aproximaba en veloz giro,
cercandoos muchas veces, cuyo examen
infundió en mi sospechas que averiguo.
(A la conservacion de un Soberano,
todo à un subdito fiel es permitido.)
Corro à esa galería, tomo el arma
que veis; llego y me oculto al tiempo mismo
detrás de aquesos arboles; encuentro
en ademán de herirte al traydor; tiro;
resplandece la llama; el trueno asusta
è interrumpe el reposo en que abstraído
fluctuabas de la vida el rumbo incierto.
Pero tu vives, y el aleve es muerto.
Koul. Y tú, ¿quién eres, dí, jovén gallardo,
à quien tu mismo Rey tanto ha debido?
Sciam. Pues qué, ¿no me conoces? ¿Todavia
no ha llegado mi nombre à tus oídos,
quando me atrevo à empresas, por quién debe
saber la fama que en el mundo existo?
Grande honor he logrado. La primera
vez que à mi Soberano ver consigo,
puedo en su mismo rostro responderle
sin nota de altivéz: por mi estás vivo,
à pesar de traidores y de riesgos;
y en fin, Señor, de Mustafá soi hijo.
Koul. ¿De Mustafá? ¿Qué dices? ¿Luego tu eres
quien dió la muerte à Alí mi gran valido?
Sciam. Soy quien te dió la vida. Es aun incierto
el agresor de aquel, y en este sitio
vés tu libertador sin cabér duda:
no puedes convencerme del delito
à mi, y à tí tus ojos te convencen.
Es el cotexo entre la muerte, y vida
de un Rey y de un vasallo, si has querido
juzgar entrambas causas sin pretexto;
pero, Señor, hablemos antes de esto.
Koul. Dices bien; de esto se hable, y no preceda
la pena de una muerte al premio digno
de una vida Real. Te condenaba
como agresor antes de haberte visto:
pero luego, juzgandote inocente,
te perdono; y más presto solicito
premiarte de tal forma, que la Persia
conozca quan tirano soy conmigo.
Vén magnanimo joven, bien diverso
de aquel tu Padre barbaro y altivo.
Complacete de estár siempre à mi vista,
que de mis Guardias Capitán te elijo,
y de mi hija la mano te concedo.
En ti, si un heredero no consigo,
preparo un sucesor à la Corona
de la Persia. Los dones que destino
à tu ardor no fomenten tu soberbia;
y deja al justiciero brazo arbitrio
de castigar los reos libremente.
No debo persuadirme en tí el delito
de la muerte de Alí, sino en el ruego
ò en el consejo de un Padre fementido.
Y asi vive tu, Joven, disfrutando
mis honras por tu hazaña en favor mio,
por las muchas que el orbe de ti espera;
y por tu culpa en fin tu Padre muera. *Vase.*
Sciam. No muera sino tu, monstruo iracundo,
q̃ al primer tiro enmendará el segundo.

ACTO IV.

Campaña y Colinas al pie del serrallo como en el Acto segundo. Salen Kouli-kan, Maibal y Selimo.

Koul. ¿Se han cumplido mis ordenes expresas
yà dentro de la Corte y del Palacio?
Maib. Yo las he publicado por mi mismo:
y en fé de ellas verás à los Soldados
prontos à reúnirse en sus vanderas
à la primera voz que inspire el labio
del clarin. En el centro de ese valle
las estrechas veredas ocuparon
las Guardias abanzadas. En las cumbres
de esos verdes repechos elevados,
duplicadas ardientes baterias
detendrán el impulso tumultuario
del Pueblo vil. Las puertas embarazan
dos mil soldados, pié en estrivo y mano
en brida, porque nadie sin tu orden
pueda salir de la Ciudad al campo.
Quanto me corresponde hacer es esto.
Digate ahora Selimo si hizo el resto.
Sel. Yo de tus militares precauciones
la menos consequente no he escusado,
para evitar en la vecina noche
la confusion y el popular estrago,
que seguridad tiene entre las sombras.
Las espesas hogueras, que emulando
al dia, por quarteles se reparten,
sabrán tener à raya el desacato
furtivo, y la violencia sublevada.
Tambien en tu Real Tienda en breve espacio
Ismaél estará pronto à tu orden,
y yo al proviso montaré à cavallo,
para hallarme dispuesto à todo trance,
quando tu guardia al enemigo abance.
Koul. Hasta ahora bien se cumplen mis ideas.
¿Mas no habeis todavia examinado
quien suministrar pudo à Acmet el yerro,
que destinó à mi muerte su infiel mano?
No podia tenerle un prisionero
consigo. Algun traydor se le habrá dado
tal vez secretamente por vengarse.
Quiero saber quien fuese el temerario,
y vosotros debierais inquirirlo.
Maib. Yo lo intenté, Señor, pero fué en vano.
El puñal mismo levanté del suelo
donde el traydor yacia desangrado,
y no encuentro en alguno mas informe.
Koul. ¿Dónde está ese puñal?
Maib. Veslo aqui.
Koul. ¡Santos
Cielos! Este es un yerro que yo he visto,
no una vez sino muchas, en el quarto
de Palmira. Vé aqui la mano injusta
que intentaba matarme. ¡Fiero agravio!
Y sino me cegáran frenesies
del tierno amor de Esposo mal premiado,
al instante debiera conocerlo.
Alma desconocida, monstruo ingrato,
y muger sin piedad, q̃ es mas que todo.
Hechame en rostro ahora que he tratado
tu muerte, que anhelaba tu exterminio.
Y publique ese pueblo tumultuario,
(por borrar mi blason) en nombre tuyo,
que tus grandes Abuelos no han dexado
un sucesor en mí, pues atrevido
un Pastor rudo su tirano ha sido.
Obre como tirano, muger fiera,
supuesto que benigno no te agrado.
Maibal, toma el sacrilego instrumento,
que à mi muerte las furias destinaron.
Busca luego à Palmira. En nombre mio
dila que mire ese puñal villano,
y á sí misma se quexe de que el golpe
mintiera, que desdeña el Trono sacro
de la Persia una Reyna tan distinta
de mí; que yo la rindo en holocausto
esta dadiva suya, porque al punto
se la fixe en el pecho, y vaya al Antro
à honrar tambien las sombras siempre ilustres
de sus Predecesores, cuyos pasos
imitar no ha sabido; y que decidan
en la mansion etérea congregados
(pues en mis obras distincion se advierte)
quien temió entre nosotros mas la muerte. *Vase.*
Sel. ¿Entendiste, Maibal?
Maib. Entendí, y tiemblo
de todo quanto escucho. ¿Por acaso
somos esclavos de la Persia, para
estar su misma sangre derramando,

siempre en ella teñidos? Yo no sufro
mas. O bien piedad sea, ò sea honrado
sentimiento, tu piensa en complacerle,
que yo no debo en esto obedecerle.

Arroja el puñal y vase.

Sel. O delira Maibal, ò están su mente
agitada y confusa tumultuando
mil feroces ideas que no entiendo.
Por lo menos mi vida ponga en salvo,
executando yo lo que él debiera.

Coge el puñal.

Mas si Palmira escusa por su mano
la obediencia cruel. ¿Qué harás, Selimo,
para que no penetre el Reyno ayrado,
que Maibal le es traydor? Numenes justos,
dirigid las acciones de mi brazo,
pues de la confusion vencerme dexo,
ò para usar piedad dadme consejo.

Se aparta confuso, y salen Palmira y Zarema.

Palm. Vé aqui un peligro en un encuentro. Buelva
retrocedido el pié.

Zar. ¿Qual mejor paso
podrémos elegir?

Palm. Este me advierte
el leal Mustafá; éste el gallardo
hijo suyo à seguir me obliga. Todos
los demás de las tropas del Tirano
ocupados están.

Zar. ¡Fortuna impía!

Sel. ¿Dónde la planta vuestro impulso guia?
¿Cómo os encuentro fuera de los muros,
quando está prohibiendo expreso vando
que nadie de la Corte salir pueda?

Palm. No te respondo, porque en tí no hallo
derecho de ser guardia de tu Reyna.

Sel. Yo à mi Reyna no veo aqui. Encargado
estoy por orden Real en este sitio
de presentar este puñal infausto
à Palmira, y decirla (orden severa)
que le conozca, que le esgrima y muera.

Palm. Le esgrimiré para romperte el pecho,
alma infame, supuesto que mis pasos
à embarazar te atreves.

Sel. Tal, Señora,
el paso es, que me cuesta demasiado
permitirle à tu fuga, si me cuesta
la vida. Y pues mi vida en todo caso
en mi interés à todas se prefiere,
haz lo que quieras, pero en tanto muere.

En accion de herirla.

Zar. Aguarda temerario. ¿Y por qué causa
quien no cometió culpa rigor tanto
debe sufrir? Si forma su delito
ese puñal que ostentas en tu mano,
ese puñal es mio. Recibióle
de mi en defensa mia el desdichado
que murió por vengarme, y que muriendo
no logró el exterminio de un Tirano.
A tu Señor conduce esta respuesta.
Y si adulan su espíritu irritado
respuestas sanguinarias solamente,
abanza el pié, levanta el fatál brazo,
y vibra el golpe horrible, que à su furia
ya presento mi pecho desarmado.
Mi sangre le pudiera ser funesta
mas que la q̃ en Palmira está animando,
y no tan digna de piedad. Al menos
ella le amó, aunque dexe yo de amarlo.
Yo antes de verle ya le aborrecia,
y jamás trocaré la aversion mia.

Sel. Decís bien, gran Señora; y uno y otro
vos misma à nuestro invicto Soberano
se lo podreis decir; pues las estrechas
ordenes que me imponen sus mandatos
me obligan à que à entrambas os presente
al menos à su vista. El simulacro
sois de la idolatría de mi dueño;
y porque os oponeis, suspendo en tanto
la muerte de Palmira; mas no debo
usar esta piedad contra mí en vano,
ni à mi oído la voz sin fruto entregues.
Vamos luego, Palmira.

Ase à las dos de los brazos.

Zar. Vil, no llegues.

Palm. Alma infiel, no te acerques, mas bien huye,
ò tu osadía llorará su estrago.

Sel. Es fuerza obedecer, el Rey lo ordena.

Palm. Ni à tí, ni à él obedezco yo, villano.

Zar. Mas me horrorizaría su presencia
que la muerte.

Sel. En las dos se ven cifrados
ambos decretos, q̃ à exercer me animo;
cumpla yo, ò muere tú.

Quiere herirla.

Sale Sciamelech.

Sciam. ¿Qué haces, Selimo?
Sel. Preguntaselo al Rey.
Sciam. De su presencia
vengo ahora expedido, y encargado
de detener aquestas fugitivas.
Sus ordenes postreras me ha fiado,
y ya sé donde deben conducirse.
Vete, que yo cumplir sabré el encargo,
y dexalas la libertad y vida,
pues que tu comision ya es fenecida.
Sel. Yo no sé si me engañas.
Sciam. Por lo menos
sabe que mi Monarca me ha elevado
à Capitan primero de sus guardias,
y que de mis acciones satisfago
solo à él, y no à otro alguno. Si estas señas
no bastan, te daré indicios mas claros
en que aprendas à huir altercaciones
con quien tiene à la muerte de su mano,
y sepultó en las sombras de la tumba
dos hombres que sus iras incitaron.
y asi, guardate tú, si tus palabras
no saben reprimirse entre los labios,
de que irritada mi razon severa
à dos muertes no agregue la tercera.
Sel. No te creo capáz de tanto asunto.
Pero no he de altercar contigo. Extraño
tiempo sin duda alguna es el presente,
pues donde todos amenazan, dando
ordenes sin razon, justicia ò guia,
no sabe Kouli-kan de quien se fia. *Vase.*
Sciam. Llegué à tiempo oportuno, consiguiendo
seducir à Selimo con mi engaño,
y asi no retardemos la partida.
Vamos donde mi Padre está esperando
con excesivo numero de huestes
Persianas, que los Cielos han guiado
à favor de la patria. Vé delante
gran Señora, y vén tú, dulce milagro,
en quien toda mi dicha se eslabona,
que ahora te guio à darte una corona.
Zar. Aunq̃ el orbe à mis plantas ofrecieras,
¿yo debia admitirle de una mano
teñida con la sangre desdichada
que derramaste de mi pecho, quando
diste la muerte à Acmet, por salvar fiero
la detestable vida de un Tirano?
Al presente tambien me ruboriza
la triste libertad que me has franqueado
por ser dadiva tuya solamente.
Y si à seguir tus huellas me preparo,
es porque tambien viene con nosotros
Palmira, y porque espero el dia fausto
de lograr mi venganza rigorosa.
Sciam. Esperale, mas vén, que separado
de tu vista, divino encanto mio,
no vive quien fallece de tu encanto.
Si de mi la venganza solicitas,
convenceme tu reo, mas no aguardo
que, si oyes mis disculpas, tal me juzgues.
Palm. Si no quereis que corte nuestros pasos
la muerte, vamos presto. Este no es tiempo
ni este lugar es propio en susto tanto
para ternezas de un amor que puede
haceros reos de un delito à entrambos.
Tu no tienes derecho de que te ame
à su pesar Zarema. Sus agravios
no convence tu ruego. Pero un golpe
mentido tu venganza no ha bastado
à merecer; mas si à injuriarte alcanza,
espera mejor tiempo à tu venganza.
Zar. Esperaré; y en tanto, à tu despecho,
tu amor no brote al labio desde el pecho. *Vase.*
Sciam. Callar, ò hablar leve interés me ofrece;
pues quando à los agravios prevalece
amor con tantas señas de triunfante,
está presente el bien, y el mal distante. *v.*

Salen Kouli-kan y Ismaél.

Koul. ¿Cómo? ¿Quándo? ¿Qué ha sido?
Ism. Señor, nada.
No en tu pecho invencible reyne el pasmo.
Mientras tu heroica espada y mi persona
de tí no se separen, no hay reparo
que pueda divertirnos. Está el mundo
de gran tiempo à esta parte acostumbrado

à estremecerse al eco de tu nombre;
y mis cautelas, mis consejos sabios
no acostumbran faltar. Por tanto debe
ir la templanza mia moderando
el ardor de tus ímpetus primeros.
Con este fin la muerte he retardado
de Mustafá, y piedades he fingido
à Palmira tambien. Asi evitando
los ultimos impulsos de la Plebe,
que por los dos amotinada en vandos,
à la ruína corria, al arma, y fuego:::

Koul. Corran pues; mas veamos el fin luego.
Yo haré impeler contra esta Ciudad toda
los tronantes furores de Vulcano,
que de mi artillería producidos,
en cada golpe formen nuevo estrago.
Entonces ese vulgo novelero,
y Mustafá su antiguo partidario,
¿qué harán, aunque su orgullo les persuada
que vencerán mi enojo?

Ism. Señor, nada.
Confia, y no te asombres. Los rebeldes
rompan las puertas; quiebren tus mandatos,
salga el Visir sobervio de los muros
con todos sus parciales. En su amparo
venga Maibal. Unidos à ellos vengan
treinta mil entre infantes y caballos
para precipitarte del Real Sólio;
y salga contra todos siempre ufano
Kouli-kan, y no mas. Solo esto basta.
Esa espada, q̃ al mundo infunde pasmo,
ya vive acostumbrada à las victorias.
Y esta idea, que el Cielo en mi ha inspirado,
el exito felice te asegura.

Koul. Sí; nada mis recelos apresura.
Ya todo lo he previsto. Aun quando estienda
la noche sobre mi su obscuro manto,
no volverá la espalda su destino
à Kouli kan, si entre el confuso caos
reconoce mi rostro la fortuna
de las armas. Los barbaros Persianos,
en breve, à grande costa de sus vidas,
de su sosiego, su quietud y aplauso
lo experimentarán. Ahora me basta
que no me huya Palmira de las manos;
que Zarema me admita por Esposo;
y que en rehénes quede asegurado
el hijo audáz de Mustafá sobervio,
porque tiemble su Padre mis estragos.
Este secreto solo en ti confio.

Ism. En servirte se esmera el pecho mio.
Mas Zarema, Palmira, y ese joven
se pusieron unanimes en salvo
por distinto sendero que les guia
fuera de las murallas, entre el vago
tumulto de la Plebe. Mas ¿qué importa?
vayan, Señor, donde los lleva el hado,
que tal vez los reserva reúnidos
de esa tu espada al fulminante amago,
porque mueran de un golpe; y que no tarde
presumo.

Koul. En la démora mi pecho arde.
Toquen al arma ya nuestros clarines.
Empieza desde el monte tú el asalto,
mientras yo con los mios le sostengo
desde la basta inmensidad del llano.
No el sublevado Exército transcienda
el puente, las espaldas confiando
à la Ciudad; y cierre en fin Selimo
el ingreso del valle, porque paso
ni asílo quede al fugitivo; y Persia
conozca en el efecto por su daño,
que el darme un sucesor al Régio Trono
requiere mucha sangre.

Ism. Y yo lo abono.
Es en vano el temor. Aun de ese oculto
sucesor que la Persia está aclamando
no debes recelar. Digan los viles
que es de la Sangre Real postrer resguardo,
que Mustafá lo preservó en la cuna
de tus justos furores irritados,
que le crió en la Armenia siempre ignoto;
y varias imposturas que el engaño
de la credula Plebe abulta ciego.
Yo he sabido, Señor, que todo es falso.
Sé que él no es heredero del gran Ciro,
y tal se finge ya uno, ya otro cauto,
solo à fin de encender la Persia en iras
contra tí. Sé que basta en igual caso
una victoria à disipar ilusas
ficciones; y pareceme acertado
no dilatarla mas.

Koul. ¿Sí? Pues al arma.

Fal-

Faltaba que los viles conjurados
hiciesen renacer un heredero
del sepulcro de Ciro. ¡Esfuerzos vanos!
Sé muy bien lo que hice quando diestro
desarraygué y corté con este brazo
los fatales renuevos de la planta
venenosa que hacia sombra al claro
nombre mio, y pudiera con su peso
aterrar mi fortuna. ¡Crueles hados!
¡Por qué aquel mismo golpe furibundo
no arrancó alli del pecho tumultuario
de la Persia cruel aun la memoria
suya! Persia inconstante, pueblo ingrato,
ahora no llenará tu fantasia
un Monarca fingido, un Rey soñado,
que sirva de disculpa por lo menos
à tu crueldad. Qué venga el temerario.
Qué se presente ante mis ojos mismos,
y decida la Patria al cotexarnos,
que yo sé, aunq̃ registre todo el mundo,
que al primer Kouli-kan no halle un segundo. *Vase.*

Ism. Vé aqui à mis diligencias encendida,
y avivada al impulso de mi mano
de la discordia la sangrienta hoguera,
que hace temer à todos consternados.
Yo solo no recelo; y de mi astucia
previniendo los fines me complazco;
aplaudo mis cautelas; y me atrevo
à asegurar, pues tiende el negro manto
la noche obscura, palida y sombria,
que Kouli-kan no vuelve à ver ya el dia.

Vase, y salen Maibal y Mustafá.

Maib. El incesante fuego que ilumina
todo el monte, el confuso tropel vago
de las gentes, y el eco pavoroso
del guerrero metal muestran q̃ ayrado
no sufre el Rey, se espere al nuevo dia;
y sin mas reflexion, segun ha usado
siempre, al nocturno asalto se dispone.

Must. No le escuso, Maibal, ni muevo el paso.
Toda la altura ocupe tu siniestra
las veredas del valle embarazando,
à donde el hijo mio con Zarema
y Palmira en el trance resguardados
estén. Yo à la campaña estender pienso
de la ala diestra el frente, dando el flanco
à la Ciudad. Entre nosotros vengan
el centro de las tropas ocupando
los torpes elefantes, y fulminen
desde las torres que el discurso humano
en sus ombros coloca, fuego è ira,
donde muera el rebelde sepultado.
Vé aqui una noche clara mas que el dia,
si entre sus confusiones acertamos
à romper la coyunda de un intruso;
y à favor de la Patria que ha ultrajado
vencemos (ò morimos) esa hueste
Real, contra quien ansiosos peleamos,
execrable asamblea de homicidas,
foragidos, al robo acostumbrados,
à la violencia, à la traicion è insulto,
adonde no hay quien muestre el rostro acaso
de rubor, de pesar, asombro y miedo,
y al aspecto terrible, aunque lexano,
de la esquadra Persiana verdadera,
les tiemblan en la mano hasta y vandera.
Vamos, amigos mios. Vez segunda
la defensa de mi hijo yo os encargo.
No le lleven sus ímpetus audaces
à introducirse en el comun estrago.
Tú le refrena en fin, tú le defiende.
Mira que se perdiera demasiado,
si à este tiempo ese joven se perdiera.
Vé aqui el forzoso instante meditado,
en que de mi te fies. Lidia presto;
vence, buelve, y de mí sabrás el resto. *Vase.*

Maib. Harto, sin que lo diga, he comprendido.
Nueva luz mi discurso vá alumbrando.
mas si al Trono un Monarca elevar quiere,
no siendo Kouli-kan, sea el q̃ fuere. *V.*

Al son de los instrumentos militares se presentan los dos Exércitos al mismo tiempo de frente fuera las caserias: dos fusileros de cada parte sobre las colinas: otros dos asimismo al pié de ellas: despues los elefantes con dos soldados cada uno sobre las torres, y despues de estos, seis hombres armados de espadas por cada lado, y todos tendrán en la mano izquierda el hacha encendida, menos los de las torres: todos executarán el movimiento que dicen los versos, empezando

al mismo tiempo el asalto sobre el monte con armas de fuego, sobre las torres con granadas, y armas arrojadizas, y en el llano con espadas. Al terminar el asalto, todos los combatientes se retirarán sin confusion, y asimismo los elefantes. Salen Selimo con Palmira y Zarema de las manos, seguido de quatro soldados saliendo del valle.

Sel. Conseguí la sorpresa meditada,
y por montes de acero me abrí el paso,
conduciendo una y otra prisionera
à los pies del Monarca.

En la mano que lleva à Palmira lleva la espada.

Palm. Pues muramos los tres,
que el debil sexo,
no intimida mi espiritu gallardo,
pues para desarmarte tengo brio.

Sale Sciamelech seguido de quatro soldados, y quando éste le embiste, Palmira le quita la espada, y él suelta á las dos.

Sciam. Suelta infiel, ò te paso el pecho impío.

Sel. Amigos, una espada.

Sciam. Prontamente
soldados, à las dos poned en salvo;
que à esta cobarde turba sublevada
yo solo haré cenizas con mi espada.

Se llevan las mugeres.

Sel. Eres muy tierno joven. No me digno
de hacer pruebas de aliento con tu brazo.

Sciam. Mas tu eres un cobarde,
en quien no hay arta
sangre para saciar de este irritado
acero la sed noble.

Sel. Desarmadle,
amigos; y no tiemble al temerario
vencido el vencedor, si triunfar quiere.

Sciam. Tiembla el primero tú, villano, y muere.

Se arrojan todos à Sciamelech; se quiere defender pero en vano.

Sel. Amenaza ahora, pues, osado joven.
Pero mientras meditas los agravios
con q̃ has de improperarme bullicioso,
ven lleno de cadenas, y aerrojado
à los pies del Monarca, donde luego
concilies sus piedades con el ruego.
Conducidle soldados sin tardanza.

Quieren llevarle à fuerza, y sale Mustafá.

Must. ¿Dónde vais? Deteneos, inhumanos.
Conmigo ha de entenderse quien à vista
mia quiere à mi hijo aprisionado.
¿Por qué no obedeciste mis preceptos
hijo siempre infeliz, joven incauto?
Y vosotros crueles, si en prisiones
quereis verle oprimido è injuriado,
sabed que es este joven el Rey vuestro,
y que aníma en sus venas circulando,
de Tamerlan la sangre. Yo lo afirmo.
Lo acredita la Persia, mis cuidados,
su valiente ardimiento, y mas que todo,
el excelso caracter Soberano
que en su frente imprimieron los destinos
de los Monarcas. Respetadle, ingratos.
¿Quién será tan perjuro entre vosotros
que iguales privilegios derogando,
y oprimiendo à su Rey, contra sí irrite
toda junta la esfera de los rayos;
y de la tumba horrible, donde yacen,
llame sobre los timidos Persianos
las sombras de sus inclitos Abuelos
à la venganza justa de este agravio?
Temblad, almas infames, en presencia
de un sucesor de Ciro. El fulminado
filo de esos aceros desleales,
que debe usar un noble ciudadano
solo en defensa de su Rey, se inclinen
à sus plantas sumisos y postrados.
El pastor Kouli-kan reyne en los bosques
de Hircania. Sean su Trono los peñascos
en que tuvo su origen despreciable,
y gobierne pastores, no soldados.
Mas el Rey de la Persia verdadero
es éste, y yo os lo quito de las manos,

Se les quita, y ellos quedan atonitos.

sin temor de ninguno de vosotros.
Veo à vuestros semblantes trasladados
los nobles corazones, à quien mueve
sin duda la deidad q̃ habla en mi labio.
Yo le condúzco al Trono, sin que vierta
mas sangre la crueldad de sus vasallos;
y os prevengo que nadie se aproxíme
à impedir los impulsos de mis pasos.

Mas

Mas si hay alguno q̃ à su gloria atienda, siga à mi planta, y à su Rey defienda. *Vase.*

Sel. Sigamoslos, amigos; que en los Cielos está escrito que hoy cayga destronado Kouli-kan en los brazos de la muerte; evitemos nosotros igual suerte. *Vanse.*

Salen Kouli-kan è Ismaél.

Koul. ¿Adónde vas Selimo? ¿Dónde llevas esas tropas, infame? Pero en vano le grito; no responde, y me abandona él tambien. ¡Santos Cielos! ¡Tristes hados!

¡Todo se apartará de mis vanderas un Exército infiel, que de mi brazo ha aprehendido à triunfar!

Ism. Te dexan to s; pero bien ves que yo no me separo.

Koul. Sí; tú no te separas. ¡O quán tarde te conozco entre todos mis vasallos el mas fino y leal! Viles, aleves, subditos desleales, ¿qué ha importado que me abandoneis todos, si yo solo por todos reúnidos equivalgo; y jamás Kouli-kan solo estar puede, pues está de sí mismo acompañado? Ismaél, no retardes mis ideas; decida mis destinos nuevo asalto; sea todo lamento, ira y furores, conozcan mis enojos los traydores; y quien no tema à un Kouli-kan soldado, tiemble de un vencedor desesperado. *V.*

Ism. Cumpliré mi deber segun tu exemplo, pues cierta mi victoria en tí contemplo. *Vase.*

Sigue el segundo ataque como el primero. Mustafá y Maibal estarán á la testa de los suyos; y Selimo custodiará el ingreso del valle. Acabado el combate, sale Kouli-kan desesperado.

Koul. Estrellas enemigas, suerte infausta, ¿quéreis mas? Soy vencido vez segunda, y la flor de mis tropas destrozada, rompe mi ultimo apoyo puesta en fuga. Mas no me queda poco, si me queda un recurso, una senda que conduzca el fugitivo resto de mis tropas dentro de esa cruel Ciudad perjura. Soldados, yo me animo con vosotros à hacer la ultima prueba de mi furia dentro de Hispaham, sobre los altos muros.

Y quando se declare la fortuna contra mí nuevamente, mueran todos. El Palacio en incendios se consuma, que sus regias murallas se desplomen, que me den sus cenizas sepultura, y entre ellas me halle el vencedor villano fiero en aspecto, y con la espada en mano. Y que me encuentre el vecedor furioso muerto sí, pero siempre victorioso.

ACTO V.

Galería dentro de Hispaham, ò gabinete como en el Acto III. Salen Zarema y Sciamelech.

Zar. ¿Adónde nos conducen? ¿Qué secreto de Ismaél en la idea mueve el giro? Una sola victoria en campo abierto debia asegurar nuestros designios. ¿Y entre el muro cerrado nos asusta todavia el rigor de un enemigo vencido por dos veces? ¿Pues qué es esto?

Sciam. Eso, hermosa Zarema, es lo que admiro.

Mas Palmira lo quiera así, y debemos sujetarnos nosotros à su arbitrio. El dulce amor de Esposa lisongea no obstante su Real pecho enternecido, y la obliga en favor de aquel Tirano, para ver si consigue reducirlo sin exponerle en manos del tumulto à un doloroso estrago. Yo he tenido orden de conservarme recatado donde Ismaél existe. Ven conmigo, porque en mi el apartarme de tus ojos sería nuevo anuncio del peligro. Y no desdeñes mi pasion constante, q̃ no hace poco honor un Rey amante.

Zar. Yo no ignoro que el Trono de la Persia de mi amor, y mi mano te hace digno. Mas quando yo pretenda q̃ un amante se me rinda, no crea sea preciso venir aqui à buscarle. Todavia hay en las Indias Reynos infinitos.

Y los Indianos Reyes no acostumbran
honrar à sus Esposas con el impío
talamo de himenéo, profanado
con sangre de un hermano desdichado.

Sciam. ¿ Aun preocupa, Señora, tu memoria
el recuerdo de un golpe que imprevisto
fué aborto del acaso? ¿O no te acuerdas
de que yo no soy reo del delito?
Tú sabes, inhumana, que me usurpas
la libertad del alma; que he perdido
por tí mi corazon; y perderia
voluntario tambien Reyno y Dominio
por tu gusto, ù tu culpa, sin dolerme
no obstante del rigor, ni del destino.
Mas si à la vida propia se permite
posponer las demás, solo te digo
que somos en iguales contingentes
reos los dos, ò entrambos inocentes. *V.*

Zar. Le condeno inocente; reo le absuelvo;
porque no veo el trance difinido
del presente tumulto de la Persia;
y no debo emplear afectos mios
en él, para llorar quizá su muerte.
Pero quando à su lado mi cariño
viva en tranquila calma sobre el Trono,
sea inocente, ò reo, le perdono. *Vase.*

Salen Kouli-kan è Ismaél.

Ism. Un gran golpe, Señor, un golpe ilustre
de ingenio mi cordura ha conseguido,
reduciendo à Palmira à presentarse
à tí, por si encontramos el arbitrio
de calmár las civiles disensiones.
Escoltada de numero sucinto
de los suyos, vendrá à Palacio, y basta
à introducirla solo un leve aviso
que tu la debes enviar. Ahora
de tí propio dependen tus destinos.
O niegue quanto justo solicitas,
ò abraze ciegamente los partidos,
la suerte de nosotros siempre es cierta;
ò tú eres Soberano, ù ella es muerta.

Koul. Apruebo el pensamiento q̃ propones.
Esa injusta muger venga al proviso;
pero cuidad de que entre desarmada,
y que nadie se atreva en el recinto
de Palacio à ponerse en mi presencia
con armas; comprehendiendo aun à tí mismo
esta ley, porque el mundo está poblado
de espiritus aleves. No distingo
del amigo al contrario. A costa mia
he aprendido à temer. Quien sobre el Indo,
el Tigris, y el Eufrates, entre el yerro
y el fuego despreciaba los peligros,
ya dentro de una sala custodiada
teme solo el amago de una espada.
Triunfa, humana miseria, y goza triste
el exceso à que ciega has ascendido.
Duerme acaso el mendigo pasagero
seguro entre ambiciosos foragidos,
y entre un bosque de espadas à su mando
el Héroe hasta à una sombra está temblando.

Ism. Alabo tus discretas reflexiones,
mas condeno el temor intempestivo
quando ves à Ismaél al lado tuyo.
Yo el primero he de dar exemplo digno
de mi obediencia, y depondré la espada
quando à tí me presente. Mas si altivo
tu vida insulta algun puñal desnudo,
este pecho, Señór, será tu escudo. *Vase.*

Koul. Animo, valor mio; no te asustes,
aunque el golfo se muestra embravecido.
Mas terribles borrascas, otros vientos
desafiò mi orgullo, y mi destino
no me faltó jamás.

Sale Palmira.

Palm. Sufra un Esposo
que al trato de la paz sea el Ministro
una Esposa Real. Yo aqui no intento
justificarme à mi, ni solicito
convencer reo à Kouli-kan. Mi sangre
de la inocencia mia es fiel testigo,
y mi deber; culpado te perdona.
Tus vasallos no te odian à tí mismo;
pero en tí están sufriendo à pesar suyo
un usurpador fiero y vengativo.
A deponer las armas están prontos
no obstante, de mis ruegos persuadidos,
y à dar la paz al Reyno suspirada,
si tu (salvo el decoro Real) à dignos
pactos tu vasta idea reduxeres.

Koul. ¿ Yo pactar con traydores ? No lo esperes.
De tus predecesores fué costumbre
el reynar como Esclavos abatidos,
y recibir la ley del Pueblo infame.

A ser Rey de la Persia, ò nada, aspiro.
A mi el vulgo cruel no me dió el Trono:
Yo le compré con sangre q̃ he vertido;
y esta sangre le ha dado tanta gloria,
que en el curso de un siglo y otro siglo,
si un Kouli-kan no hubiera sin segundo,
¿quién sabria de Persia en todo el mundo?

Palm. No hay alguien que lo niegue, ni hay alguno
que à darte à tí la ley se haya atrevido;
antes lo que pretenden es, que seas
tu ley irrevocable de tí mismo;
y que ilesos conserves à la Persia
tus prometidos votos. ¿Quándo altivo
à mi hermano del Trono despojaste,
no hiciste juramentos repetidos
à la Persia, à mi misma, al mundo entero
de conservar el Cetro siempre invicto,
libre de sinrazones desleales,
para un glorioso sucesor de Ciro?
Pues vé aqui la ocasion de que se cumplan.
Vé aqui en un heredero reúnidos
los derechos al Sólio, unico resto
de nuestras esperanzas, y à quien miro
ya en edad de reynar. Soy convencida
de esta evidencia, y sé q̃ es mi sobrino.
Su Monarca la Persia reconoce
en él, y Kouli-kan inadvertido
jamás puede negar estos derechos
à mi sangre.

Koul. Son sueños, son delirios.
El Monarca soy yo. Tu Real Familia
lamentó toda junta su exterminio
en faltando tu hermano. ¿Dónde, dónde
se oculta ese Real Joven ilusivo?
¿y por qué finge serlo, ya uno, ya otro,
como diversas veces he sabido,
sin revelarme el sucesor qual sea?
Si el Reyno reconoce su dominio,
si Palmira no duda en sus verdades,
haga que comparezca ante mí él mismo.

Palm. ¿Presumes que yo tema presentarle
à tu vista? Verás quanto es distinto.
Tengo autoridad tanta para hacerle
respetar, que à mostrartele me obligo.
Señor, vos que esperais en esas salas
los primeros acentos de mi aviso,
entrad yá. No la duda le moleste.
Mirale, y tiembla; mi sobrino es este.

Sale Sciamelech.

Koul. ¿Este? ¡Crueles hados! Este joven
el hijo es de mi barbaro enemigo.
Dé gracias à la vida que le debo
por influxos villanos del destino;
pues solo porque Persia, y todo el orbe
jamás repita en vituperio mio,
que soy tirano aborrecible, ahora
no le mato à mis pies. Viva el indigno;
y baste al impostor, baste à Palmira,
que en él algun derecho no imagino
al Trono, ni sobrino creerle quiero.

Sciam. Sí; yo soy el Monarca verdadero.
La Persia no se engaña. Y quando toda
pudiera seducirte; el encendido
corazon que en mi pecho apenas cabe,
mentir no puede, ni engañarte el digno
caracter Soberano que en mi frente
imprimieron por sacro distintivo
los destinos augustos de los Reyes.
Yo no supe jamás que fuese hijo
de un Monarca; y no obstante interiormente
juzgaba que à reynar habia nacido.
Si Kouli-kan no crée mis palabras,
darle otro testimonio determino
capáz de horrorizarle. El cruel golpe
que te salvó la vida, despedido
de mi mano fatal con mejor suerte,
à Kouli-kan debiera dar la muerte.
Faltó la mano en fin; pero no falta
despues para engañarte el artificio,
ni el ardimiento ahora para hablarte
en tu presencia así. Mira si es mio
el Trono que posées. De él te arroja,
ò teme que al error del primer tiro,
no sea, si en mi brazo el logro fundo,
consequencia el acierto del segundo. *V.*

Koul. ¡Temeraria osadia! Ola; no salga
de Palacio con vida ese atrevido.

Palm. Tente; observa los pactos que al congreso
estableció Ismaél aqui conmigo,
ò te haré ver con sola una voz mia,
que en Hispaham me obedecen todavia. *Vase.*

Koul. ¿Aun se atrevan à tanto? Ya no valgan

prudencia ni razon. Y si el destino
la ultima ruina mia hoy afianza,
no muera yo à lo menos sin venganza.
Ismaél ¿ dónde estás ?

Sale Ismaél sin espada.

Ism. Pronto me miras,
Señor, à tus preceptos.

Koul. Que al proviso
se quebranten los pactos acordados
à los rebeldes, pues que lo han querido
asi necesidad y deber juntos.
Alcanza pronto al arrogante hijo
de Mustafá, que sucesor se aclama
de los Reyes Persianos, y ha partido
apenas de mi vista ; y sea quien quiera,
en mi venganza por tu mano muera.

Ism. Serás obedecido ; pero una orden
tuya la espada deponer me hizo.
Y sí, aunque buele en alas del deseo,
antes voy à buscarla, el fugitivo
se librará, burlando mi osadía,
de tu justo furor.

Koul. Toma la mia.
Ella debe dar muerte al alevoso
usurpador de mis laureles limpios.
Muera el intruso. Mi quietud lo quiere.

Ism. El intruso eres tú ; luego tu muere.

Le hiere.

Koul. ¡ Ah, traydor ! Yo soy muerto.

Ism. ¿Traydor ? Nunca
lo fuí ; antes à traydores doy castigo
en favor de mi Patria, que me importa
mas que tú, temerario foragido.
Jamás vive seguro quien ofende.
Tú de Ismaél quien es la Persia entiende. *Vase.*

Koul. ¿Adónde huyes, ribal? Quiero que juntos
hoy muramos los dos;y tiembla indigno,
que aunque me ves sin armas, me prometo
arrancarte del pecho fementido
el corazon infame con las manos.
¡ Ah, qué ya no obedece el pié remiso
y tremulo los ímpetus valientes
del corazon ! ¡ Con qué dolor respiro!
La sangre que esta abierta herida exprime,
de aquella misma sangre es, que he vertido
por tí, Persia cruel, Madrastra horrible,
en cinquenta batallas siempre invicto.
¡Ah, oprobio eterno de mi fama! ¡Cómo
muere,qual vulgar hombre obscurecido,
al impulso de infame brazo ayrado,
un Kouli-kan, un Héroe, y un Soldado!
¡Ay de mí, que las sombras de la muerte
obscurecen mis ojos ! Los sentidos

Se sienta.

se turban, y en mi frente gira el Cielo.
No me quieras cobarde, infiel destino,
y este resto de vida tambien honre
la muerte. El gran momento en que me miro
le sostendré como Héroe. No era digna
de tanto Rey la Persia. La abomino,
la abandono à las iras de los Cielos.
En su rigor encuentre su exterminio.
Numenes tutelares de las vidas
Reales... Yo muero... Yo fallezco... ¡Ah impíos
hados!.. Mas muero Rey... Muero contento
cercado de victorias ; y confio
escuchar desde el Erebo profundo
que à Kouli-kan le hará justicia el mundo. *Muere.*

Salen Ismaél y Mustafá, y despues todos.

Ism. Mira muerto al Tiráno por mi impulso.

Must. Antes de todo, el lamentable objeto
se aparte de la vista de su Esposa;
y llegue con Selimo y Maibal luego,
si ya en Palacio entraron, donde una orden
expedida por tí llamó tu zelo
apresuradamente.

Ism. Todos llegan.
Y de Palmira el combatido afecto
mas tranquilo parece.

Must. Ven, Palmira,
y ante todos demuestra tu sér Régio.
Qualquier triste memoria en tí se olvide
y acuerdate no mas de quienes fueron
tus Padres siempre heroicos, y q̃ el hado
reserva el Trono de la Persia excelso,
de donde tu desciendes, à un sobrino
tuyo.

Palm. Digno sobrino, ilustre nieto
de sus predecesores inmortales,
y semejante à Mustafá, que atento
le crió con el nombre de su hijo.
Prevalezca al amor q̃ hubo en mi pecho
el amor de la sangre y de la patria.
Logre la Persia un Soberano Dueño
digno de su virtud, y à los Persianos
trate el Monarca como Padre tierno
sobre el Trono tambien para su abono;
y soy gustosa de ceder el Trono.
Maib. Ya llega nuestro Rey con la Princesa
tributaria. *Salen.*
Ism. Ismaél sea el primero,
pues fué quien le ha elevado sobre el Sólio,
que le jure lealtades y respetos.
Sciam. A ocasion oportuna se reserve
la accion de los debidos juramentos.
Si el Trono que me ofrecen es ya mio,
ocuparle yo solo no pretendo,
sin que logre Palmira Soberana
sobre él primer lugar, ò igual asiento.
Palm. El principal lugar solo es debido
à la que en dulce lazo de himenéo
te destine la suerte venturosa
al talamo tambien, Reyna y Esposa.
Sciam. ¿Qué respondes Zarema? Ambos lugares
se deben à tus prendas singulares.
Te adoro; mas soy Rey. Te ofendí acaso;
pero sin culpa mia. Todo extremo
es permitido à un tierno amor privado.
Pero un corazon Real quãdo à sí mesmo
en posesion à una beldad se entrega,
ofrece y dá bastante, mas no ruega.
Zar. Ociosos son los ruegos, donde obligan
el amor y el deber. Tuyo es mi afecto,
y lo será esta mano, si mi Padre
lo permite.
Must. Será dichoso empleo
de mi cuidado el atender que logren
tal honor en tal lazo entrambos Reynos.
Ahora solo se espera que en tus obras
renazca el explendor con brillos nuevos
de la Persia, legítimo Rey mio.
Sciam. Siempre será glorioso su emisferio
quando en tí, Mustafá, tenga su apoyo
en guerra, y en politico gobierno
su vasa en Ismaél. Esta corona
la recibo de entrambos, y no puedo,
sostener sin vosotros, mis Atlantes,
su pesadumbre, ni intentarlo debo;
porque si me ha de ver la inclita Persia,
no obstante mis cuidados, inexperto
en artes de reynar que aprender trato,
no vea al menos à su Rey ingrato.
Sel. No lo verá si empieza de esta suerte
à premiar al que es digno de los premios.
Maib. Un Monarca Persiano que asi empieza,
no llegue al fin jamás.
Palm. Siempre és incierto
el fin de la grandeza humana. Claro
es el sol que ilumina el emisferio
diariamente. Claro es el brillante
relampago que espira en un momento;
y aunque el sol tẽga puntos terminables,
siempre son sus reflexos mas amables.
Asi fué Kouli-kan que entrambos Polos
alumbró en su veloz curso ligero,
relampago brilló, asustó la tierra
fulminando, abrasando y destruyendo;
mas en solo un instante desfallece,
se disipa, se ofusca y se obscurece.
Nos quedó su memoria, y no nos queda
en ella escaso triunfo, alto congreso,
si por ella consiguen nuestras ansias
la dicha singular de complaceros,
ultima linea sola en que afianza
nuestro leal deseo su esperanza.

F I N.

Barcelona: Por Carlos Gibert y Tutó, Impresór y Librero.